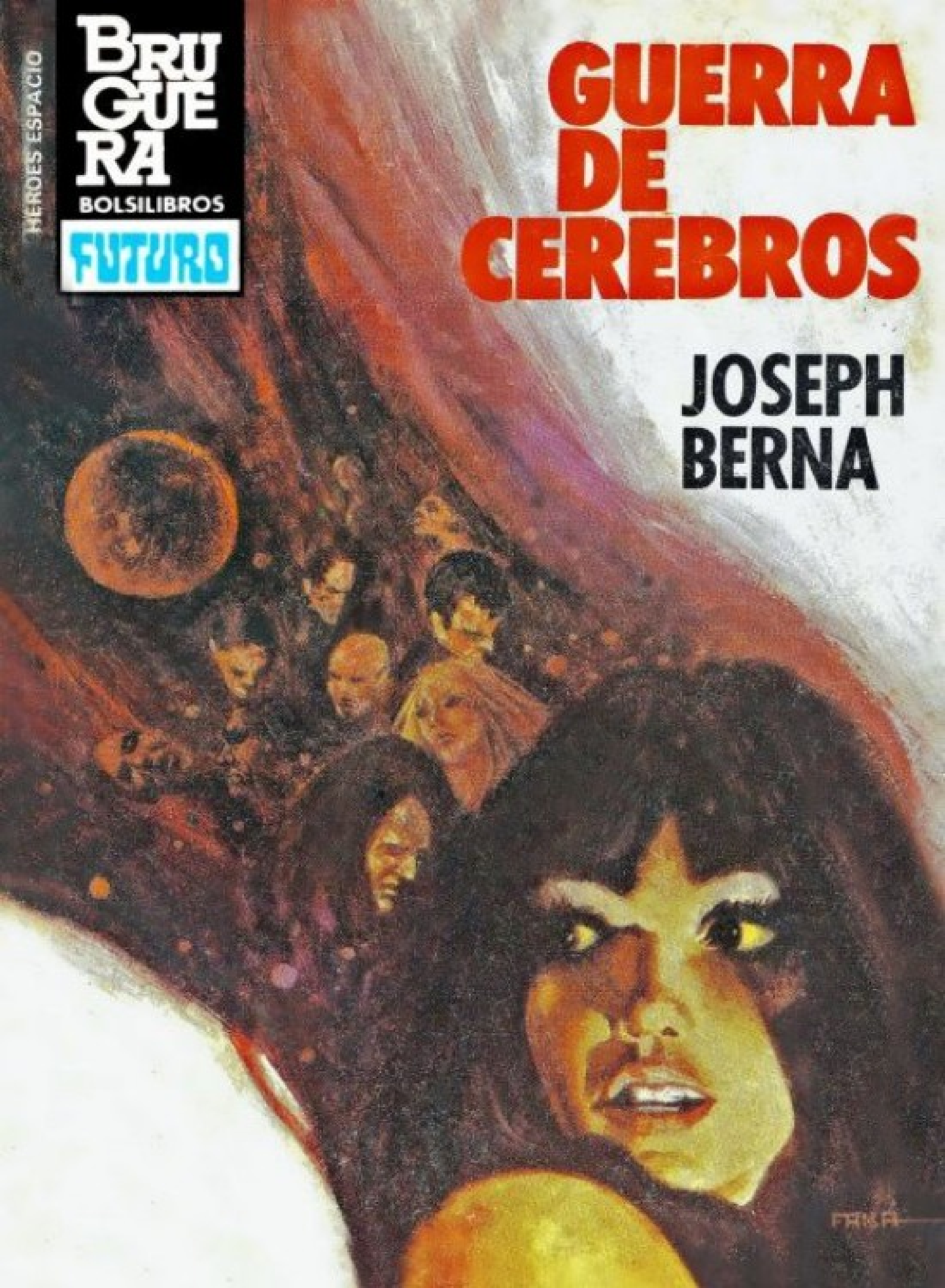
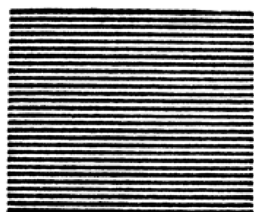
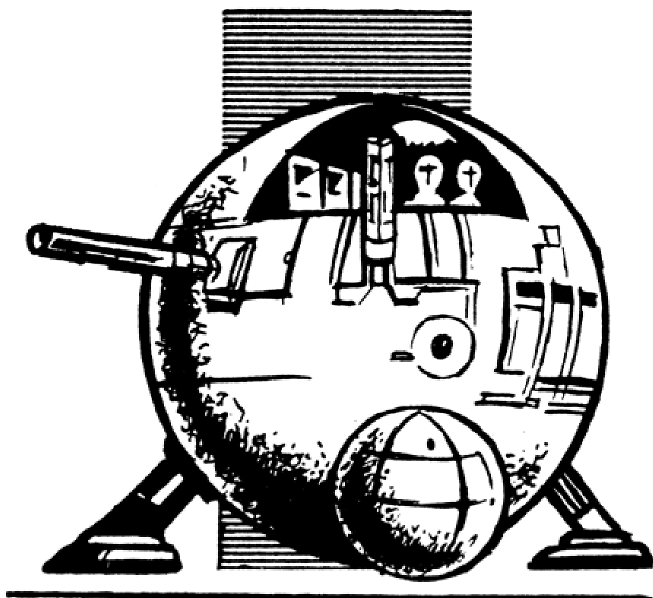

BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
HEROES ESPACIO
GUERRA DE CEREBROS
JOSEPH BERNA
FABA



héroes del ESPACIO





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

169 — *Los límites del espacio* — Law Space
170 — *La nave maldita* — Lem Ryan
171 — *Regreso a la Tierra* — Law Space
172 — *Agujero cósmico* — Alex Simmons
173 — *Escalera al infinito* — Clark Carrados

JOSEPH BERNA

Guerra de cerebros

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 174
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 23.334 – 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en España: agosto, 1983
2ª edición en América: febrero, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A.**
Parets del Vallès (N-152. Km 21.650) Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Gopher Booth, segundo de a bordo de la *Orión-XV*, astronave terrestre interestelar, se detuvo al pasar por delante de la enfermería y dudó entre penetrar en ella o echar de nuevo a andar.

Era un tipo alto, de complexión delgada, pero fuerte. Tenía el pelo rojizo y las mejillas salpicadas de pecas, lo que proporcionaba a su rostro un aire simpático.

Y lo era en verdad.

El tipo más alegre y más divertido de toda la tripulación, compuesta de quince hombres y diez mujeres.

Gopher siempre tenía ganas de broma, aunque, cuando la situación lo requería, sabía ponerse serio y autoritario. Contaba veintiocho años de edad y vestía un traje azul brillante, de una sola pieza, muy ajustado. Calzaba botas plateadas, cortas y flexibles.

De su cinto, también plateado, pendían una pistola de rayos láser, un pequeño telecomunicador, y un mando de control remoto.

Gopher Booth sonrió.

Había decidido ya entrar en la enfermería, pero borró su simpática sonrisa antes de hacerlo, sustituyéndola por una mueca de preocupación.

Con esa expresión tan poco frecuente en él, abrió la puerta y penetró en la enfermería.

—Hola, doctora Yorkin.

Kara Yorkin, de veintisiete años de edad, cabellos dorados y ojos intensamente azules, estaba realizando unas anotaciones, sentada al otro lado de su mesa. Interrumpió su tarea y levantó la cabeza, posando su mirada en el segundo de a bordo.

Naturalmente, se dio cuenta en seguida de que la expresión de Gopher Booth no era normal, por lo que preguntó:

—¿Te ocurre algo, Gopher?

—No me encuentro bien, doctora.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. Hasta ayer, me sentía estupendamente. Esta mañana, sin embargo...

—¿Te sentiste mal al levantarte?

—Sí.

—¿Y qué tal has pasado la noche?

—Bien.

—¿Tranquilo?

—Sí, muy tranquilo.

—¿Has dormido solo, Gopher?

El segundo de a bordo tosió.

—Esa es una pregunta muy indiscreta, doctora Yorkin.

Kara sonrió.

—Podría ser la causa de tu estado actual, Gopher. Si has pasado la noche con alguna de las mujeres de la tripulación, y dedicaste más tiempo a divertirte con ella que a dormir...

—He pasado la noche solo, doctora.

—¿Seguro?

—¿Por qué iba a mentir?

—Está bien, te creo. Pasa a la cabina de reconocimientos, quítate el traje, y échate en la mesa de exploraciones —indicó Kara—. Te haré un chequeo general.

—Gracias, doctora.

Gopher penetró en la cabina de reconocimientos, sonriendo interiormente, porque su plan estaba dando resultado. Kara dejó transcurrir unos segundos y después se puso en pie.

Era una mujer alta, esbelta, maravillosamente formada.

Se había despojado de su traje, como siempre que prestaba servicio en la enfermería, y se había puesto su bata de médico. Una bata rosa, muy corta y delgada, que le permitía exhibir sus largas y torneadas piernas.

—¿Estás ya, Gopher? —preguntó.

—Sí, doctora.

Kara entró en la cabina de reconocimientos.

Gopher, efectivamente, estaba listo ya para someterse al chequeo.

Se había tendido en la mesa de exploraciones sin más prenda encima que el reducido slip.

—No tenía que desnudarme totalmente, ¿verdad, doctora? —preguntó, emitiendo un carraspeo.

—No, está bien así, Gopher —respondió Kara, con una leve sonrisa.

—Empiece a explorarme, pues.

—Comenzaré por el pecho.

—Quién pudiera decir lo mismo —murmuró el segundo de a bordo, posando un instante la mirada en el busto de la doctora Yorkin, pleno y erguido.

—¿Qué?

—Nada, olvídelo —carraspeó Gopher.

Kara empezó a auscultarle la caja torácica.

—Respira hondo, Gopher.

Booth lo hizo.

—Tu corazón late con normalidad —dijo la doctora Yorkin.

—Me alegro.

—Incorpórate, ¿quieres?

—En seguida.

Gopher quedó sentado en la mesa de exploraciones. Kara le aplicó su aparatito en la espalda.

—Respira hondo de nuevo.

—¿No quiere que diga treinta y tres?

—Bueno.

—Sesenta y seis.

—¿Por qué no has dicho treinta y tres?

—Quería demostrarle que sé multiplicar por dos.

Kara emitió una risita.

—Ya empiezas con tus bromas, Gopher.

—Trato de animarme a mí mismo, pero...

—¿Tan preocupado estás?

—Mucho, doctora. Yo siempre he sido un tipo sano, no sé lo que es estar enfermo. Y ahora...

—No será nada importante, ya verás.

—Me temo que sí, doctora Yorkin.

Kara dejó de examinarle la espalda y se puso delante de él.

—¿A qué viene tanto pesimismo, Gopher?

—Tengo motivos, se lo aseguro.

—¿Qué motivos?

Gopher bajó las piernas de la mesa de exploraciones, pero siguió sentado en ella, sin que los pies le tocaran el suelo.

—Siéntese a mi lado, doctora Yorkin.

—¿Que me siente?

—Sí, por favor. Quiero hacerle una demostración. Así comprenderá mejor lo que me pasa.

—Está bien.

Kara se sentó en la mesa de exploraciones.

La brevedad de su bata de médico la obligó a mostrar casi totalmente sus tentadores muslos.

Gopher se los miró.

De pronto, posó su mano sobre el muslo izquierdo de la doctora Yorkin y se lo oprimió con suavidad.

—¿Siente usted algo, doctora? —preguntó, antes de que ella, muy sorprendida, dijera nada.

—Claro —respondió Kara.

—¿Qué siente?

—Tu mano en mi muslo, apretándolo.

—Yo, en cambio, no siento nada.

—¿Qué?

—He perdido el sentido del tacto, doctora Yorkin.

—¡No es posible!

—Le aseguro que sí. Toque lo que toque, no siento nada. Debería percibir la suavidad de su muslo, su tibieza... —Gopher deslizó su mano arriba y abajo, acariciando todo el muslo—. Y no percibo nada, doctora. ¿Comprende ahora por qué estoy tan preocupado? Lo que tengo debe ser muy grave.

—Tócame la otra pierna, Gopher —pidió Kara.

—¿Cómo?

—Que me acaricies el otro muslo.

Gopher lo hizo.

—¿Tampoco sientes nada? —preguntó Kara.

—Nada de nada.

Kara se desabrochó la bata, le cogió la mano, y la guio hasta sus senos.

—Tócame el pecho.

—Doctora Yorkin... —carraspeó el segundo de a bordo, haciéndose el remolón.

—Es una orden, Gopher.

—En ese caso...

Gopher acarició los túrgidos senos de la doctora Yorkin, aunque sin llegar a verlos totalmente, porque la bata los cubría en parte.

—¿Sientes algo ahora? —preguntó Kara, mirándolo a los ojos.

—No, doctora.

—¿Seguro?

—Sí, es como si tuviera la mano dormida. Toque lo que toque, no se despierta.

Las azuladas pupilas de Kara Yorkin despidieron un fugaz centelleo. Sin retirarle la mano de su busto desnudo, dijo:

—Tienes razón, Gopher.

—¿En qué?

—Lo que te ocurre es grave.

—¿Verdad que sí?

—Afortunadamente, y como estamos ya en el año 2290, tu enfermedad no es incurable.

—Me tranquiliza usted, doctora Yorkin.

—Recuperarás el sentido del tacto, te lo aseguro.

—Qué alegría.

—Bueno, como ahora no lo tienes, deja de acariciarme los pechos. Lo haces muy expertamente y me estás poniendo tierna —sonrió Kara, obligándole a retirar la mano.

Gopher tosió.

—Lo siento, doctora Yorkin. No era mi intención...

—No te preocupes. Además, yo te lo pedí. Quería ver si así reaccionabas.

Gopher lanzó un suspiro.

—No hay nada que me haga reaccionar, doctora.

—Tranquilo, sé cómo combatir tu enfermedad, ya te lo he dicho —aseguró Kara, que ya se había abrochado la bata.

—Confío en usted, doctora Yorkin.

—Vamos, échate de nuevo, Gopher.

—A la orden.

Kara esperó a que el segundo de a bordo se tumbara en la mesa de exploraciones y entonces empezó a sujetarlo con las correas.

—¿Por qué me ata, doctora...?

—El tratamiento es un poco doloroso, y tengo que asegurarme de que no saltarás de la mesa cuando empiece a aplicártelo.

—Pero...

—Tranquilo, Gopher, tranquilo. Eres un tipo valiente y estoy segura de que lo soportarás.

—Doctora Yorkin, yo...

—Quieres recobrar el tacto, ¿no?

—Sí, pero…

—Lo recobrarás, te lo garantizo.

Gopher, totalmente sujeto ya a la mesa de exploraciones por las distintas correas, vio que la doctora Yorkin cogía una jeringa tan grande como un biberón, y le colocaba una aguja hipodérmica que más parecía una aguja de hacer punto.

—¿Qué piensa hacer con eso…? —preguntó, con ojos agrandados.

—Ponerte una inyección, Gopher.

El segundo de a bordo se agitó nerviosamente sobre la mesa de exploraciones.

—¿Es que quiere matarme, doctora Yorkin…? —exclamó.

—Lo que quiero es curarte, Gopher.

—¡Esa jeringa es para caballos! ¡Y no le ha puesto una aguja, le ha puesto un estoque! ¡Si me pincha con eso, me atravesará!

Kara rio.

—Imposible, porque voy a ponértela en la planta del pie. Y tu pierna es más larga que esta aguja.

CAPÍTULO II

Tigran Dasaev, comandante de la *Orión-XV*, se encontraba en el puente de mando, donde en aquellos momentos prestaban servicio cuatro miembros de la tripulación.

Era un hombre de elevada estatura y fuerte constitución. Tenía el pelo negro, la tez morena, y las facciones viriles. Contaba treinta y cinco años de edad.

El comandante Dasaev vestía un traje color cobre, brillante y ajustado, que dibujaba sus desarrollados músculos. Al igual que el segundo de a bordo, llevaba al cinto una pistola de rayos láser, un pequeño telecomunicador, y un mando control remoto.

Ellos dos eran los únicos que portaban armas a bordo.

El resto de los miembros de la tripulación, llevaban solamente el telecomunicador portátil y el mando de control remoto, que era lo que necesitaban para moverse por la astronave.

Tigran Dasaev tenía los ojos fijos en el amplio mirador del puente y contemplaba la inmensidad del Cosmos, una buena parte del cual había recorrido ya desde que realizara su primer viaje espacial en una nave interestelar.

Conocía numerosas rutas, infinidad de planetas, muchos de ellos deshabitados, y otros habitados por seres inteligentes, entre los que tenía amigos y enemigos, porque no todos solían acoger con agrado y cordialidad a los visitantes extranjeros.

Los había que presentaban batalla desde el primer momento, sin diálogo, sin entrevistas, sin molestarse en preguntar qué intenciones traían.

Y claro, la lucha resultaba inevitable.

El comandante Dasaev no provocaba jamás un enfrentamiento bélico, pero si su astronave era atacada, no dudaba en responder adecuadamente al agresor.

Y la *Orión-XV* estaba perfectamente capacitada para hacerlo.

Era una astronave moderna.

Veloz.

Poderosa.

De las mejores que surcaban el Cosmos. Tigran Dasaev se sentía orgulloso de ella.

Y también de los miembros de su tripulación, sin excepción alguna, porque todos habían dado sobradas muestras de su capacidad, de su valentía, y de su responsabilidad.

Era una tripulación joven, pero experta, en la que se podía confiar plenamente. Y quizá por eso, por tratarse de una tripulación joven, era también una tripulación alegre y divertida, lo cual era muy importante en viajes tan largos como los que realizaba la *Orión-XV*, porque resultaban mucho más amenos y no se hacían tan pesados.

Los miembros de la tripulación sabían pasarlo bien, destacando, en ese sentido, Gopher Booth, el segundo de a bordo.

Y en él precisamente estaba pensando el comandante Dasaev, porque tendría que haber regresado ya al puente. Estuvo tentado de llamarle, con su telecomunicador portátil, pero prefirió no hacerlo.

En realidad, Gopher no hacía ninguna falta en al puente en aquellos momentos, porque todo estaba tranquilo. Tigran, además, pensaba que tal vez el segundo de a bordo se había tropezado con alguna de las mujeres de la tripulación y se estaba divirtiendo un poco con ella.

Eran todas tan bonitas y tan simpáticas...

Tigran no quiso interrumpir la diversión de Gopher.

Lejos estaba él de sospechar, claro, que el astuto pelirrojo las estaba pasando canutas en aquellos momentos, al haberle fallado el plan que ideara para divertirse un poco con la joven y hermosa doctora Yorkin.

La que se estaba divirtiendo, era ella.

¡Y cómo!

Ajeno por completo a lo que estaba sucediendo en la enfermería, el comandante Dasaev continuó observando el espacio sideral a través del mirador del puente.

De pronto, en la pantalla telescópica apareció un planeta.

Ursula Ran, la rubia platino de origen sueco que tenía a su cargo la vigilancia y manejo de la pantalla telescópica, descubrió inmediatamente la aparición del planeta y exclamó:

—¡Comandante!

Tigran se volvió hacia ella.

—¿Qué ocurre, Ursula?

—¡Nos estamos aproximando a un planeta!

Tigran fue rápidamente hacia la pantalla telescópica.

Los otros tres miembros de la tripulación que se hallaban de servicio en el puente, observaron también la pantalla.

Eran Darío Morelli, de origen italiano, Linzi Helten, de ascendencia germana, y Jan Sosonko, un holandés que tenía el pelo tan rubio como la sueca Ursula.

El comandante Dasaev, tras observar brevemente el planeta que acababa de surgir en su camino, decidió llamar a Gopher Booth.

Ahora, el segundo de a bordo sí hacía falta en el puente.

* * *

Las últimas palabras de la doctora Yorkin habían causado un profundo escalofrío en Gopher Booth.

¡En el pie!

¡Quería ponerle la inyección en la planta del pie!

¡Iba a ver todas las estrellas del universo sin necesidad de asomarse al mirador del puente de mando!

—¡Deténgase, doctora Yorkin! —gritó, encogiendo ambos pies, pues no sabía en cuál de ellos pensaba soltarle la estocada.

—Tengo que curarte, Gopher —dijo Kara.

—¡Lo que usted quiere es dejarme cojo!

La doctora rio.

—No digas tonterías, Gopher.

—¡Esa jeringa no es para personas! ¡Es para elefantes!

—Vamos, no exageres.

—¡Se lo suplico, doctora Yorkin!

—Valor, Gopher. Sé que va a ser muy doloroso para ti, pero esto es lo único que puede devolverte el tacto.

—¡Al diablo el tacto!

—¿Sabes cómo se llama tu enfermedad, Gopher?

—¡No!

—«Caritis Duritis».

—¿Cómo?

—Que tienes la cara muy dura, Gopher.

—¿Por qué dice eso?

—Lo de tu enfermedad es una farsa. Me di cuenta en cuanto me

pusiste la mano en el muslo, pero te seguí el juego, porque esperaba divertirme después.

El segundo de a bordo tosió nerviosamente.

—Doctora Yorkin, yo le aseguro que…

—¿Insistes en que no tienes tacto?

—Muy poco, de veras.

—Eres un zorro. Gopher. Confiesa que fue una de tus bromas, y a lo mejor te libras de la estocada en la planta del pie.

—Lo confieso, doctora Yorkin.

—¿Por qué lo hiciste?

—Se me ocurrió de pronto, al pasar por delante de la enfermería.

—¿Y qué esperabas conseguir?

—Nada, créame.

—Pues conseguiste bastante, Gopher. Me acariciaste ambos muslos, el busto…

El pelirrojo carraspeó.

—Lo del busto fue idea suya, doctora. Y lo del otro muslo también.

—Es cierto.

—De todos modos, le pido perdón.

—Eso está bien.

—Ahora, suélteme.

—Ni hablar.

—El comandante me está esperando en el puente, doctora Yorkin.

—Pues que espere.

—Me llamará, al ver que no aparezco.

—Yo le contestaré. Y le explicaré lo que ha pasado.

—Oh, no, doctora Yorkin, eso no… El comandante no me lo perdonaría. Siente un gran respeto por usted.

—Ya lo sé.

—No le diga nada, se lo suplico.

—Te daré a elegir, Gopher.

—¿Elegir?

—Sí, entre la inyección de caballo o mi silencio.

Gopher se mordió los labios.

—Me pone usted entre la espada y la pared, doctora.

—Entre la aguja y la pared, querrás decir —corrigió Kara, mostrándole la colosal jeringa y la terrorífica aguja hipodérmica.

—Tiene razón.

—Decídete, Gopher.

—Le propongo un trato, doctora.

—¿Qué clase de trato?

—Usted se olvida de la inyección de caballo, y yo le revelo algo sobre el comandante Dasaev que a usted le agradará saber, estoy seguro de ello.

Kara dudó.

—¿Qué puedes tú revelarme sobre el comandante Dasaev?

—Lo sabrá si acepta el trato, doctora.

—No será una artimaña tuya para librarte de la estocada, ¿verdad?

—Le juro que no, doctora Yorkin.

—Está bien, acepto el trato. Ahora, dime eso que tanto me agradará saber sobre el comandante Dasaev, Gopher.

El segundo de a bordo sonrió y reveló:

—Está enamorado de usted, doctora Yorkin.

Tan sólo un par de segundos después, el telecomunicador de Gopher emitía la señal de llamada.

CAPÍTULO III

Gopher dio un respingo.

—¡El comandante! ¡Le dije que me llamaría, doctora Yorkin! ¡Suélteme, rápido!

Kara Yorkin, que se había quedado muy quieta tras la revelación del segundo de a bordo, respondió:

—No.

—¿Eh?

—Que no te suelto, Gopher.

—¡Tengo que contestar, doctora!

—Yo lo haré.

—¡Hicimos un trato, doctora Yorkin! ¡Se comprometió usted a no decirle nada al comandante!

—Mantendré mi palabra, no te preocupes.

—Pero...

Kara ya tenía en sus manos el telecomunicador de Gopher.

Pulsó el botón correspondiente y la diminuta pantalla se iluminó, apareciendo en ella la imagen del comandante Dasaev.

Tigran denotó sorpresa.

—Doctora Yorkin...

—Hola, comandante —sonrió Kara.

—Yo llamaba a Gopher...

—Lo sé. Gopher está aquí, en la enfermería. Se sentía ligeramente indispuesto y vino a verme. Lo tengo echado en la mesa de exploraciones. No podía atender su llamada, comandante. Por eso he contestado yo.

El rostro de Tigran reflejó ahora extrañeza.

—¿Qué le pasa a Gopher, doctora?

—Nada serio, comandante. Dentro de unos minutos, estará con usted en el puente.

—Nos estamos aproximando a un planeta desconocido. Dígaselo a Gopher, doctora.

—Descuide, comandante.

—De todos modos, termine usted con él. Que acabe de examinarlo sin prisas, quiero decir. Podemos arreglarnos sin Gopher.

—Entendido, comandante.

—Gracias, doctora Yorkin —dijo Tigran, y cortó la comunicación.

Kara apagó la pantallita y miró al segundo de a bordo.

Antes de que dijera nada, Gopher rogó:

—Por favor, doctora Yorkin, suelte estas malditas correas. Nos estamos aproximando a un planeta desconocido, ya lo ha oído.

—Sí, no soy sorda.

—Tengo que acudir urgentemente al puente.

—El comandante ha dicho que pueden arreglarse sin ti, Gopher.

—Pero...

—Creo que me has mentido, Gopher.

—¿Yo?

—El comandante Dasaev no está enamorado de mí.

—Le aseguro que sí, doctora.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él?

—No me lo ha dicho claramente, pero, por la forma en que habla de usted, y cómo la mira... La quiere, estoy seguro.

—Si me quisiera, me lo hubiera dicho.

—No tardará mucho en confesárselo, ya verá. Sólo tiene que animarle usted un poco.

—¿Animarle?

—Bueno, insinuarle que usted siente lo mismo por él.

—¿Y quién te ha dicho que yo...?

—No me lo ha dicho nadie, doctora, pero me consta que a usted le gusta el comandante Dasaev. Y si lo niega, no la creeré.

Kara sonrió.

—No voy a negarlo, Gopher. Pero tampoco voy a admitirlo.

—No es necesario.

—Averiguaré si has dicho la verdad o me has mentido. Y si me has tomado el pelo, el comandante sabrá lo de la falsa pérdida de tu sentido del tacto y todo lo demás.

—No la he engañado, doctora Yorkin.

—Más te valdrá —repuso Kara, y empezó a soltar las correas.

Gopher saltó de la mesa de exploraciones y se vistió en un santiamén.

—¡Gracias por olvidarse de la estocada, doctora! —dijo, antes de salir disparado de la cabina de reconocimientos.

Kara sonrió.

Se sentía contenta.

Y es que pensaba que Gopher había dicho la verdad.

* * *

Cuando Gopher Booth irrumpió en el puente de mando, la *Orión-XV* giraba ya alrededor del planeta desconocido en órbita artificial, a una distancia aproximada de cien mil kilómetros.

Era una precaución lógica, ya que, según los datos facilitados por la computadora, el planeta podía estar habitado por seres inteligentes, puesto que reunía las condiciones necesarias.

Era un mundo cálido, su atmósfera tenía una cantidad más que suficiente de oxígeno puro, había agua en abundancia, vegetación…

Su diámetro ecuatorial rebasaba los 10.000 kilómetros, así que el planeta era casi tan grande como la Tierra.

—¡Ya estoy aquí, comandante! —dijo Gopher, corriendo hacia la pantalla telescópica, que ofrecía una imagen magnífica del mundo recién descubierto.

Tigran Dasaev se volvió.

—¿Cómo te sientes, Gopher? —preguntó, preocupado.

—Perfectamente, comandante.

—¿Seguro?

—Le doy mi palabra.

—¿Por qué no me dijiste que no te encontrabas bien?

Gopher carraspeó.

—Eran unas molestias muy ligeras, comandante. No valía la pena hablar de ello. Yo no pensaba acudir a la enfermería, pero como pasé por delante de ella, decidí entrar y que la doctora Yorkin me diese una mirada. Hice bien, porque la doctora dio en seguida con la causa de mis molestias y las eliminó en unos minutos.

—Me alegro de veras.

—Gracias, comandante.

Tigran volvió a mirar la pantalla telescópica.

—Es un planeta hermoso, ¿verdad?

—Mucho —asintió Gopher.

—Sería una pena que no estuviese habitado.

—Lo sabremos cuando lo exploremos. Porque vamos a explorarlo, ¿verdad, comandante?

—Desde luego. Es nuestra misión, Gopher, ya lo sabes. Descubrir nuevos mundos, nuevas gentes, nuevas civilizaciones… Establecer nuevas rutas, que más adelante seguirán otras astronaves terrestres, gracias a las cartas de navegación que nosotros vamos creando.

—Nuestra tarea es hermosa, comandante. Y también muy importante.

—Es cierto —asintió Tigras—. Lo malo es que a veces resulta peligrosa.

—Bueno, nosotros estamos acostumbrados a superar situaciones difíciles, así que…

Tigran sonrió.

—Eso también es cierto, Gopher.

—¿Preparo la expedición, comandante?

—Sí, ocúpate de ello, Gopher. Yo, mientras tanto, voy a hablar con la doctora Yorkin. Quiero que venga con nosotros.

Gopher emitió un pequeño carraspeo.

—¿Por qué no la llama, comandante? —sugirió.

—Prefiero decírselo personalmente —respondió Tigran, y abandonó el puente de mando, dejando muy preocupado a Gopher, pues temía que Kara contase lo que realmente había sucedido.

CAPÍTULO IV

Kara Yorkin había salido de la cabina de reconocimientos y se había sentado de nuevo en su sillón, aunque todavía no había reanudado las anotaciones que estaba realizando cuando Gopher Booth la interrumpiera con su llegada.

Le era imposible concentrarse en su trabajo, después de lo que había dicho el segundo de a bordo. La duda de si sería verdad o se trataría de otra de las bromas del astuto pelirrojo, la tenía muy pensativa.

De pronto, la puerta se abrió y Tigran Dasaev entró en la enfermería, con claro gesto de preocupación.

—Comandante… —murmuró Kara, poniéndose en pie y saliendo de detrás de la mesa.

—Hola, doctora Yorkin.

—Parece usted preocupado, comandante.

—Lo estoy, doctora.

—¿Es el planeta desconocido la causa?

—No, es Gopher.

—¿Gopher…?

—¿A qué se debió su indisposición, doctora? ¿Qué le ocurrió realmente?

Kara carraspeó.

—Bueno, la verdad es que…

—Gopher no me aclaró nada. Y yo tengo que saber lo que le pasó, doctora. Vamos a explorar el planeta y necesito saber si puedo llevarme a Gopher o es aconsejable que se quede en la astronave.

—Gopher está perfectamente, comandante. Puede formar parte de la expedición sin ningún temor. Sus molestias han desaparecido.

—¿A qué eran debidas?

—¿De verdad quiere saberlo?

—Sí.

—A una noche de amor demasiado intensa.

—Oh… —tosió Tigran.

—No me dijo con quién la pasó, pero durmieron los dos muy poco —añadió Kara, sonriendo.

—Comprendo.

—Le repito que Gopher está bien, comandante. Puede llevárselo tranquilamente.

—Gracias, doctora Yorkin. Usted también vendrá.

—Encantada. ¿Cuándo salimos, comandante?

—En cuando usted esté lista.

—Sólo necesito un minuto para despojarme de la bata y ponerme el traje.

—En ese caso, la espero. Me daré la vuelta, para que pueda cambiarse.

—Oh, vamos, comandante… —rio Kara—. Estamos en el siglo XXIII, y lo de volverse de espaldas para que una mujer se cambie de ropa, es de la primera mitad del siglo XX.

—Tiene usted razón —rio también Tigran.

Kara fue donde tenía el traje, desabrochándose ya la bata.

Se despojó de ella, con naturalidad, y quedó prácticamente desnuda, porque el pantaloncito plateado que lucía cubría únicamente su triángulo íntimo.

Tigran la miró, claro.

Hubiera sido una tontería desviar los ojos.

Kara lo miró a su vez, mientras se ponía el traje, de color amarillo. Esperaba y deseaba que Tigran dijera algo.

Y Tigran lo dijo:

—Posee usted una figura maravillosa, doctora Yorkin.

—Si se hubiera dado la vuelta, no habría podido piropearme.

—Es verdad.

—Es la primera vez que me dedica una galantería, ¿se da cuenta?

—De palabra, sí.

—¿Qué quiere decir?

—Pues, que con el pensamiento la he piropeado muchas veces.

—Vaya, no lo sabía.

—Soy un hombre, doctora Yorkin. Y usted una mujer muy hermosa. Es normal, por tanto, que me haya fijado en usted.

—Claro. Lo que ya no me parece tan normal, es que no me haya dicho nada.

—Por respeto hacia su persona, doctora Yorkin.

—Hay que ser respetuoso, comandante, pero no tanto… Si le gusto como mujer, y me lo dice, no me falta al respeto con ello. Es más, yo me sentiría muy halagada.

—¿De veras?

—Claro.

—Entonces, considérelo como dicho.

—Eso no vale.

—¿No?

—Tiene que decirlo, comandante.

—Está bien. Me gusta usted, doctora Yorkin.

Kara, que ya se había cerrado el traje, se le acercó y se detuvo a menos de un palmo de él.

—Ahora sí que me siento halagada, comandante.

Tigran se atrevió a cogerla por la cintura.

—¿Y si le diera un beso...?

—Más halagada aún —confesó Kara, sonriendo de forma cautivadora.

Tigran la besó.

Los preciosos labios de Kara le devolvieron la caricia.

Después se miraron a los ojos.

—Gracias por el beso, doctora.

—¿Le ha gustado?

—Mucho.

—A mí también.

—Me arrepiento de no haber hablado antes con usted sobre esto, doctora Yorkin.

—Bueno, lo importante es que al fin se ha decidido, comandante.

—Me he perdido muchos besos.

—Se pueden recuperar, ¿no?

—Eso es verdad —sonrió Tigran, y volvió a unir su boca a la de ella.

Esta vez, además, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra sí.

Y Kara encantada, claro.

Gopher había dicho la verdad.

Y ella había seguido su consejo: animar un poco al comandante Dasaev.

Lo había hecho y...

Bueno, allí estaban los resultados.

* * *

Una de las tres naves de reconocimiento que transportaba el *Orión-XV* en su hangar, volaba ya hacia el planeta, pilotada expertamente por Tigran Dasaev.

Junto a él, en el asiento del copiloto, iba Gopher Booth.

En los asientos traseros, viajaban la doctora Yorkin, Jan Sosonko, Ursula Ran, Darío Morelli y Linzi Helten.

Ahora, todos llevaban pistola de rayos láser al cinto.

Gopher, Jan y Darío, además, portaban sendos fusiles de rayos cósmicos.

Mientas la pequeña nave se aproximaba al planeta desconocido, la *Orión-XV* seguía girando en torno a él en órbita artificial, atenta a cualquier posible ataque, que, caso de producirse, sería detectado con tiempo suficiente para rechazarlo.

La nave de reconocimiento también disponía de los medios necesarios para detectar a tiempo cualquier ataque, y de las armas apropiadas para defenderse con éxito.

Afortunadamente, estaban llegando ya al planeta y no se había producido ataque alguno, ni a la *Orión-XV*, ni a la pequeña nave de reconocimiento.

Esta última empezó a sobrevolar la superficie del planeta, a poca velocidad y a baja altura, para captar mejor los detalles, aunque la pantalla telescópica ofrecía unas imágenes magníficas.

De repente, Tigran Dasaev soltó los mandos y se agarró la cabeza, al tiempo que lanzaba un grito de sufrimiento.

Gopher Booth se apresuró a hacerse cargo del control de la nave, exclamando:

—¿Qué le ocurre, comandante…?

—¡Mi cabeza!

Kara Yorkin, alarmada, abandonó su asiento y corrió en ayuda de Tigran Dasaev.

—¿Qué es lo que siente, comandante?

—¡Unos pinchazos terribles! ¡Como si un centenar de avispas enfurecidas estuvieran clavando sus aguijones en mi cerebro! ¡El dolor es insufrible!

—¡Dios mío!

—¡Si los pinchazos no cesan voy a volverme loco! —aseguró Tigran, retorciéndose de dolor en su sillón.

—¡Regresemos a la astronave, Gopher! —pidió Kara—. ¡Rápido!

—¡Sí, doctora! —respondió el pelirrojo, disponiéndose ya a realizar la maniobra oportuna.

Desgraciadamente, no pudo, porque también su cerebro empezó a recibir unos aguijonazos terribles, que le obligaron a soltar los mandos y llevarse las manos a la cabeza.

Se la apretó con fuerza, mientras gritaba y se estremecía de dolor en su sillón.

—¡Gopher! —exclamó Kara.

—¡Me ocurre lo mismo que al comandante, doctora! ¡Es espantoso! ¡No se puede aguantar!

—¡Los mandos, Darío! —gritó Jan—. ¡Controla la nave o nos estrellaremos!

El italiano brincó de su asiento, pero no pudo alcanzar los mandos, porque corrió la misma suerte que Tigran y Gopher.

Después, le tocó el turno al holandés.

Y tampoco Kara, Ursula y Linzi se libraron de los terribles pinchazos en el cerebro, que amenazaban con enloquecerlos de dolor a todos, mientras la pequeña nave de reconocimiento se precipitaba contra el suelo, sin control alguno.

CAPÍTULO V

Tigran Dasaev no podía permitir que la nave se estrellara contra el suelo, pues, si bien estaba seguro de que su fuselaje resistiría perfectamente la dureza del impacto, el violento choque podía lesionar gravemente a las personas que viajaban en ella.

Podía, incluso, ocasionar la muerte de alguno de los miembros de la tripulación. De ahí que, a pesar de que estaba a punto de perder la razón a causa del terrible sufrimiento, Tigran retirara las manos de su cabeza, atrapara los mandos, e intentara recuperar el control de la nave.

No pensaba enderezar el rumbo ni emprender el regreso a la *Orión-XV*. Se conformaba con posar la nave en el suelo, sin demasiada violencia. Evitar el choque.

No podía aspirar a más, dadas las circunstancias.

Aun así, fue terriblemente difícil, porque los aguijonazos en el cerebro no cesaban y en un par de ocasiones estuvo a punto de soltar los mandos y agarrarse la cabeza de nuevo, con desesperación.

Era lo que hacían los demás.

Bueno, no todos, porque Ursula y Linzi se habían desvanecido, incapaces de resistir tanto dolor. También Kara Yorkin se desvaneció, por el mismo motivo.

Tuvieron suerte, porque así dejaron de sufrir.

Gopher, Jan y Darío, en cambio, seguían rabiando de dolor, como el comandante Dasaev. Aunque también ellos estaban a punto de desvanecerse, porque tanto sufrimiento no se podía soportar mucho tiempo. Tigran consiguió recuperar el control de la nave y posarla en una playa de fina y dorada arena. No fue un aterrizaje demasiado suave, pero distó mucho de ser un choque, por lo que las siete personas que viajaban en ella no sufrieron daño alguno.

El objetivo estaba logrado, así que Tigran paró los motores y volvió a apretarse la cabeza, loco de dolor.

Jan Sosonko se había desvanecido también.

Y Darío Morelli.

El único que seguía consciente, aparte de Tigran Dasaev, era Gopher Booth.

—¡No puedo más, comandante! —gritó, agitándose en su sillón.

—¡Ni yo! —respondió Tigran.

Segundos después, ellos se desvanecían también.

* * *

Ursula Ran fue la primera en volver en sí.

Abrió los ojos lentamente, sin recordar lo que había pasado.

Yacía en el piso de la nave, como Linzi Helten, Darío Morelli, Jan Sosonko y la doctora Yorkin, que seguían inconscientes, cada uno de ellos en una postura distinta.

El comandante Dasaev y Gopher Booth estaban sentados en sus respectivos sillones, aunque vencidos hacia un lado. También ellos continuaban desvanecidos.

Ursula se incorporó con lentitud.

Empezaba a recordar lo sucedido, lo que hizo que se llevara una mano a su rubia cabeza. Le dolía, aunque no demasiado.

Era una simple jaqueca, consecuencia de los terribles pinchazos que sufriera en su cerebro, que por fortuna habían desaparecido.

Ursula recordó también que la nave se precipitaba contra el suelo, sin ningún control, y temió que alguno de sus compañeros hubiera perdido la vida a causa del terrible impacto, o estuviera seriamente lesionado.

Asustada, la sueca se tocó el cuerpo y comprobó que no tenía ningún hueso roto, así como ningún golpe serio, lo que le hizo sospechar que el comandante Dasaev o Gopher Booth habían logrado evitar el choque de la nave contra el suelo.

Ursula echó una fugaz ojeada a la playa en donde se hallaba posada la nave de reconocimiento. Era una playa limpia, hermosa, solitaria, bañada por las suaves olas de un mar tranquilo, de aguas muy azules.

Apetecía bañarse en él y luego tumbarse en la dorada arena, para recibir los cálidos rayos del sol que proporcionaba luz y calor al planeta.

Desgraciadamente, las cosas no estaban como para pensar en baños, ni de sol ni de los otros, por lo que Ursula se olvidó de ellos y pasó a ocuparse de sus compañeros.

Tenía que reanimarlos, ayudarlos a volver en sí, asegurarse de

que todos estaban bien, que no tenían ningún hueso roto y ningún golpe importante.

Empezó por la doctora Yorkin.

—¡Despierte, doctora! —dijo, zarandeándola por los hombros.

Kara entreabrió los ojos.

—Ursula... —susurró.

—¿Cómo se siente, doctora Yorkin?

—Me duele la cabeza —respondió Kara, llevándose la mano a la sien.

—A mí también.

—¿Qué ha pasado?

—Los pinchazos en el cerebro, doctora. Eran tan terribles, que perdimos todos el conocimiento.

—Oh, sí, ya recuerdo... El comandante fue el primero que los sufrió.

Kara se asustó.

—La nave se precipitaba contra el suelo, sin control...

—Sí.

—¿Nos estrellamos?

—Parece que no, doctora. La nave está posada en una bonita y tranquila playa. Creo que el comandante logró dominarla antes de perder el sentido. O tal vez fue Gopher. El caso es que a mí no me duele nada, excepto un poco la cabeza, como consecuencia de los misteriosos aguijonazos.

—Ayúdame, Ursula —rogó Kara.

—Sí, doctora.

Kara se puso en pie y se tocó el cuerpo, como antes hiciera Ursula.

—Parece que estoy perfectamente...

—Me alegro mucho, doctora.

—Despertemos a los demás, Ursula. Tú ocúpate de Jan y Darío. Y de Linzi. Yo atenderé al comandante y a Gopher.

—Bien, doctora.

Minutos después, estaban todos despiertos.

Y en perfecto estado físico, si se exceptuaba el ligero dolor de cabeza que todos sentían, que resultaba una caricia si se comparaba con los terribles pinchazos que antes sufrieran en sus respectivos cerebros.

Tigran explicó que consiguió recuperar el dominio de la nave y posarla en aquella solitaria playa, evitando el choque.

—¿Qué fue lo que nos pasó, comandante? —preguntó Gopher—. ¿A qué se debieron los terribles aguijonazos?

—Evidentemente, fuimos atacados por los habitantes de este planeta, aunque ignoro qué tipo de armas usaron contra nosotros. El arma en cuestión parece enviar una serie de ondas que llegan hasta el cerebro de la persona atacada, causándole un dolor tan insufrible, que acaba desvaneciéndose. Eso fue lo que nos ocurrió a nosotros.

—¿Y qué vamos a hacer, comandante? ¿Regresar a la astronave?

—Me temo que no nos dejarán, Gopher. Si lo intentamos, nos atacarán de nuevo y volveremos a rabiar de dolor.

—¿Entonces...?

—Saldremos de la nave y trataremos de dialogar con ellos. Si logramos hacerles comprender que venimos en son de paz, que queremos ser sus amigos, no tendremos ningún problema.

—¿Y si no nos aceptan como amigos...?

—En ese caso, no tendremos más remedio que luchar —respondió Tigran.

CAPÍTULO VI

El comandante Dasaev fue el primero en descender de la pequeña nave de reconocimiento. Lo hizo sin empuñar su pistola de rayos láser, aunque su mano derecha estaba presta a tirar del arma al primer síntoma de peligro.

Más allá de la dorada arena, crecían las palmeras.

Unas palmeras altas, muy juntas, que formaban una auténtica barrera de vegetación. Entre ellas, podían estar ocultos los habitantes del planeta que un rato antes les atacaran con sus extrañas pero poderosas armas, capaces de llegar a los cerebros de las personas tomadas como objetivo.

Antes de bajar de la nave, Tigran ya había escrutado la maleza con la mirada, sin descubrir a ningún ser escondido en ella. Ahora, con sus pies ya sobre la fina arena, volvió a echar una mirada a la barrera espesa de vegetación, con idéntico resultado.

Nada se movía.

Parecía que no había nadie vigilándoles.

Tigran, sin embargo, estaba seguro de que había gente observándoles.

De ahí que su diestra rozara con disimulo la pistola de rayos láser.

No quería empuñarla, pero si eran atacados sin más ni más, no tendría más remedio que hacer uso de ella.

Tras él, había descendido Gopher Booth, con un fusil de rayos cósmicos en las manos. El segundo de a bordo de la *Orión-XV* escrutaba también la barrera de palmeras.

—¿Ve algo, comandante? —preguntó a media voz.

—No.

—Yo tampoco.

Darío Morelli y Jan Sosonko descendieron también de la nave, empuñando asimismo sendos fusiles de rayos cósmicos. Tras ellos, bajaron la doctora Yorkin, Ursula Ran y Linzi Helten, sin empuñar sus respectivas pistolas de rayos láser, aunque, al igual que Tigran Dasaev, estaban las tres prestas a tirar de sus armas, si eran atacados.

—Esto está muy tranquilo, comandante —dijo Morelli.

—No te fíes, Darío —aconsejó Tigran—, La tranquilidad puede

romperse en cualquier momento.

—No veo una sola huella en la arena, comandante —dijo Sosonko, mirando en todas direcciones—. Recientemente, no la ha pisado nadie.

—Es cierto, Jan. Pero puede haber gente oculta entre las palmeras, vigilándonos.

—¿Echamos un vistazo, comandante? —sugirió Booth.

—Lo haremos tú y yo, Gopher. Los demás, que esperen aquí —indicó Tigran—. Si no hay peligro, les haremos una seña y se reunirán con nosotros.

—Bien.

—Vamos, Gopher.

—Tengan cuidado, comandante —rogó Kara.

Tigran la miró y le sonrió con suavidad.

—No tema, doctora Yorkin. No nos adentraremos demasiado en la espesura. Sólo vamos a echar una ojeada.

Después, Tigran y Gopher echaron a andar hacia las palmeras.

Kara, Darío, Jan, Ursula y Linzi los siguieron con la mirada, visiblemente preocupados los cinco.

Tigran y Gopher alcanzaron las palmeras, sin que sucediera nada, y se adentraron en la maleza. Seguían sin ver ni oír a nadie, pero ambos se hallaban cada vez más convencidos de que estaban siendo vigilados por varios pares de ojos.

Y así era, efectivamente.

Pudieron comprobarlo al verse rodeados de forma repentina por varios de los habitantes del planeta, que habían brotado de la espesura silenciosos como gatos.

Instintivamente, Gopher levantó su fusil de rayos cósmicos.

Tigran reaccionó con rapidez y agarró el cañón del arma, bajándolo.

—Tranquilo, Gopher —dijo, en tono bajo—. Estos seres no van armados.

Era cierto.

No empuñaban arma alguna.

Tigran y Gopher se fijaron bien en ellos.

Eran unos ocho, todos varones, y su aspecto físico era muy similar al de los varones terrestres. Estructura, complexión, color de la piel, forma de vestir…

Lo único que los diferenciaba, era la forma de su cabeza, algo más ancha de lo normal en su parte superior. Tenían la frente muy amplia y las orejas graciosamente puntiagudas.

Tal vez fuese casualidad, o quizá costumbre, pero el caso es que todos llevaban el cráneo afeitado. Esto, naturalmente, permitía observar de forma más clara que sus cabezas eran más anchas de lo normal.

De lo que era normal, al menos, entre los habitantes de la Tierra.

Para aquellos seres, seguramente, lo normal era tener la cabeza así de ancha en su parte superior y las orejas terminadas en pico. Vestían unos ceñidos trajes verdes, sin brillo, y calzaban botas altas, marrones.

No sólo no llevaban armas, sino objeto alguno.

Ni siquiera llevaban cinto.

Su actitud, sin embargo, distaba mucho de ser pacífica, ya que no sólo habían rodeado por sorpresa a Tigran y Gopher, sino que los miraban de forma amenazante, como si pensaran saltar sobre ellos y reducirlos.

Tigran se preguntaba si serían los mismos seres que les atacaran cuando empezaban a sobrevolar el planeta. Pensaba que sí, pero el hecho de que no llevasen armas, le hacía dudar.

No era lógico que se dejasen ver así, desarmados, cuando él y Gopher sí portaban armas, y además muy poderosas. Gopher, con su fusil de rayos cósmicos, podía desintegrarlos a los ocho en sólo unos segundos. Y si él empuñaba su pistola de rayos láser, también podía destruirlos en menos que canta un gallo.

De ahí su desconcierto.

Con el fin de aclarar las cosas, Tigran trató de ponerse en comunicación con aquellos seres.

—Me llamo Tigran Dasaev, y soy el comandante de la *Orión-XV*, astronave procedente de la Tierra. Nuestro planeta no pertenece a esta galaxia, sino a otra que nosotros llamamos Vía Láctea. Venimos en son de paz, no en busca de lucha. Sin embargo, fuimos atacados cuando sobrevolábamos este hermoso planeta con una de nuestras naves de reconocimiento. La que está posada sobre la playa. Estuvimos a punto de estrellarnos, pero tuvimos suerte y no sufrimos daño alguno. ¿El ataque contra nuestros cerebros fue cosa vuestra...?

Ninguno de los seres contestó.

Tampoco abandonaron su amenazadora actitud.

—Creo que no le han entendido, comandante —murmuró Gopher.

—¿No te parece extraño que no lleven armas? —preguntó Tigran.

—Desde luego que sí. Y eso me hace pensar que no fuimos atacados por ellos.

—Pero, estaban vigilando ocultos entre la maleza, nos han cercado repentinamente, y parecen dispuestos a saltar sobre nosotros…

—Eso es verdad.

—Si pudiéramos hacerles comprender que no deben temer nada de nosotros, que queremos ser sus amigos…

—No entienden nuestra lengua, comandante.

—De todos modos, nuestra actitud no puede ser más pacífica. Llevamos armas, pero no las hemos usado contra ellos. Yo ni siquiera he empuñado mi pistola de rayos láser. Y me vieron bajar el cañón de tu fusil. Me he dirigido a ellos en tono respetuoso. Si tuviéramos malas intenciones, no habríamos actuado así.

—Cierto, comandante. Sin embargo, ya los ve. Nos miran todos como si les debiésemos algo y no quisiéramos pagarles.

—Así es.

—¿Qué hacemos si intentan «cobrar» por la fuerza, comandante?

—Defendernos, Gopher.

—¿Con las armas?

—No, no debemos hacer uso de ellas. Ellos van desarmados, y no estaría bien dispararles. Nos defenderemos a golpes.

—Le recuerdo que ellos son ocho, comandante. Y puede que haya más, ocultos.

—Llamaré a Jan y Darío.

—Es una gran idea.

Tigran tomó lentamente su telecomunicador portátil.

Temía que aquellos seres pensasen que se trataba de un arma y precipitasen su ataque. De ahí que lo tomara con lentitud y la expresión tranquila.

No sirvió de nada, porque el ataque se produjo igualmente.

Pero no la clase de ataque que esperaban Tigran y Gopher, ya que los habitantes del planeta no saltaron sobre ellos para reducirlos. Ninguno de ellos se movió.

Y es que no tenían necesidad de hacerlo.

Como tampoco tenían necesidad de portar arma alguna.

¡Sus armas eran sus cerebros…!

* * *

Tigran Dasaev lo adivinó al sentir que su cerebro estaba siendo aguijoneado de nuevo por una legión de avispas rabiosas, lo que le hizo soltar el pequeño telecomunicador y llevarse las manos a la cabeza, acompañando su acción de un largo grito de dolor.

Tan espantoso era su sufrimiento, que se dejó caer de rodillas.

Y lo mismo hizo Gopher Booth.

Había soltado su fusil de rayos cósmicos y se había agarrado la cabeza, emitiendo también un grito desgarrador.

Como no se habían adentrado mucho en la espesura, porque fueron muy pronto rodeados por los habitantes del planeta, sus gritos fueron oídos por la doctora Yorkin y los demás.

—¡Son el comandante y Gopher! —exclamó Kara, estremeciéndose.

—¡Han sido atacados! —adivinó Jan.

—¡Corramos en su ayuda! —rugió Darío.

El italiano y el holandés se lanzaron hacia las palmeras, seguidos de Kara, Ursula y Linzi.

CAPÍTULO VII

El terrible dolor hizo cambiar de idea al comandante Dasaev.

No estaba dispuesto a sufrir tanto como en la nave de reconocimiento, así que retiró la mano derecha de su cabeza y empuñó su pistola de rayos láser.

Se había convencido ya de que con los habitantes de aquel planeta no valían de nada las palabras respetuosas ni las actitudes pacíficas, porque ellos sólo entendían un lenguaje, el de las armas.

Eran violentos.

Agresivos.

Gozaban haciendo daño.

Y lo hacían con sus cerebros.

Con sus poderosas mentes.

Los terribles pinchazos no eran otra cosa que ondas cerebrales, enviadas por aquellos malditos seres.

Con razón tenían la cabeza gorda.

Sus cerebros debían tener un tamaño muy superior a lo normal.

De ahí nacía todo su poder.

Gopher Booth supo adivinarlo también, y tampoco él quiso resignarse a sufrir con las terribles ondas mentales que les lanzaban aquellos condenados seres.

Al igual que el comandante Dasaev, extrajo su pistola de rayos láser con un brusco movimiento y apuntó a uno de los habitantes del planeta.

Justo cuando se disponía a accionar el disparador, la pistola pareció derretirse en su mano.

¡Estaba muy caliente!

¡Quemaba!

¡Incluso desprendía humo...!

Lo mismo estaba ocurriendo con la pistola del comandante Dasaev.

El arma se fundía en su mano.

Le abrasaba los dedos.

No tuvo más remedio que soltarla.

También Gopher soltó la suya.

De nada les servían ya, no se podía disparar con ellas.

Tigran y Gopher volvieron a apretarse la cabeza con ambas manos, porque los pinchazos no cesaban. Y, mientras rabiaban de dolor, pensaban que también sus cerebros podían fundirse, como las pistolas, si aquellos malditos seres se lo proponían.

Podían causarles la muerte con sus poderosas ondas cerebrales, ahora estaban seguros de ello.

* * *

Darío Morelli y Jan Sosonko estaban a punto de alcanzar las palmeras, cuando, de repente, surgieron de entre ellas cinco hombres con la cabeza gorda y afeitada, y las orejas puntiagudas.

El italiano y el holandés se frenaron en seco y apuntaron a los tipos con sus fusiles de rayos cósmicos, aunque no llegaron a disparar, al darse cuenta de que ninguno de los hombres iba armado.

Kara Yorkin, Ursula Ran y Linzi Helten se detuvieron también al ver aparecer a los tipos. Habían extraído sus respectivas pistolas de rayos láser y apuntaban con ellas a los habitantes del planeta, pero tampoco dispararon.

¿Cómo iban a disparar contra unos hombres que no portaban arma alguna...?

Fue un error.

El mismo que minutos antes cometieran Tigran Dasaev y Gopher Booth.

Y lo pagaron tan caro como ellos, porque sus cerebros volvieron a ser atacados por los habitantes del planeta.

Kara, Ursula y Linzi chillaron, soltaron las pistolas, se agarraron la cabeza, y cayeron sobre la arena, estremecidas de dolor.

Darío y Jan aullaron también y se dejaron caer de rodillas, aunque sin soltar los fusiles de rayos cósmicos, porque pensaban hacer uso de ellos.

Ya no les importaba disparar contra aquel grupo de hombres desarmados, pues sabían que lo de los terribles pinchazos en el cerebro era cosa suya.

Darío y Jan lo intentaron, pero con sus fusiles ocurrió lo mismo que con las pistolas de Tigran y Gopher.

Se calentaron de repente.

Les quemaban las manos.

Se derretían entre ellas.

Los rostros de Darío y Jan, además de dolor, expresaron un estupor infinito.

Naturalmente, soltaron sus fusiles.

No podían sostenerlos ni un segundo más en sus manos, porque les abrasaban los dedos.

No intentaron empuñar sus pistolas de rayos láser, pues estaban seguros de que sucedería lo mismo que con los fusiles de rayos cósmicos.

Se enfrentaban a unos seres terriblemente poderosos, que no precisaban arma alguna para vencer a sus enemigos.

Les bastaba con sus desarrollados cerebros.

* * *

Tigran Dasaev y Gopher Booth estaban a punto de desvanecerse de dolor, porque sus cerebros seguían recibiendo las terribles ondas mentales de los habitantes de aquel maldito planeta.

De tres de ellos, solamente, porque los otros cinco habían ido a ocuparse del resto de la expedición terrestre.

Tigran vio el fusil de rayos cósmicos de Gopher, al alcance de su mano, y trató de empuñarlo, aun sabiendo que seguramente no serviría de nada, porque aquellos malditos seres lo fundirían con sus poderosas ondas cerebrales.

Efectivamente, así fue.

En cuanto la mano de Tigran tocó el fusil, éste empezó a derretirse.

Tigran tuvo que retirar la mano.

El fusil quemaba.

Paradójicamente, al quedarse sin armas su situación mejoró.

Sí, porque los terribles aguijonazos cesaron y su tormento concluyó.

Los tres seres habían dejado de lanzarles ondas mentales.

Tigran y Gopher, estremecidos todavía de dolor, miraron a los tipos, sin levantarse del suelo.

Uno de ellos, en perfecta lengua terrestre, ordenó:

—Poneos en pie y caminad hacia la playa, terrícolas.

Tigran y Gopher se llevaron una buena sorpresa.

—Hablan nuestra lengua, comandante... —murmuró el pelirrojo.

—Eso parece.

El tipo explicó:

—Hemos absorbido los conocimientos de vuestros cerebros. Por eso podemos hablar vuestra lengua.

—Qué chicos tan listos —rezongó Gopher.

—Vamos, en pie —apremió el tipo.

Tigran y Gopher se incorporaron con alguna dificultad, porque, aunque habían cesado los dolorosos pinchazos, el sufrimiento los había debilitado.

Tenían, además, una terrible jaqueca.

El tipo advirtió:

—No intentéis nada, terrícolas. Lo lamentaríais.

Tigran y Gopher no respondieron.

—Caminad —ordenó el individuo.

Tigran y Gopher echaron a andar en dirección a la playa.

Habían oído gritar a Darío, Jan, Kara, Ursula y Linzi, pero sus chillidos habían cesado, por lo que dedujeron que habían sido reducidos por los habitantes del planeta, como ellos dos.

En efecto, los cinco se hallaban en poder de los hombres que los atacaran. Habían dejado de recibir las terribles ondas cerebrales, pero les dolía la cabeza y se hallaban debilitados por el reciente sufrimiento.

Los habitantes del planeta habían recogido las pistolas de Kara, Ursula y Linzi, y les habían arrebatado a Darío y Jan las suyas. Ahora, las empuñaban ellos.

Tigran y Gopher aparecieron, vigilados por los otros tres individuos, y se reunieron con la doctora Yorkin y los demás.

—¡Comandante! —exclamó Kara.

—¿Se encuentra bien, doctora?

—Sí, dentro de lo que cabe, porque nos han hecho sufrir mucho.

—A nosotros también.

—Estamos atrapados, comandante —dijo Darío.

—Sí, nos han cogido.

—¿Qué harán con nosotros? —se preguntó Jan.

—No lo sé. Por el momento, seguimos vivos. Y debemos dar

gracias por ello, porque podíamos estar todos muertos. Sus cerebros tienen un extraordinario poder.

—Fundieron nuestros fusiles como si fueran de mantequilla —informó Darío, estremeciéndose sólo de recordarlo.

—Lo mismo hicieron con nuestras armas —rezongó Gopher.

Tigran se encaró con el tipo que hablara con él en la espesura y preguntó:

—¿Qué suerte nos tenéis reservada?

—Vamos a llevaros con nosotros, terrícolas.

—¿Adónde?

—A nuestros dominios.

—No hemos cometido ningún delito. Os dije que llegamos a vuestro planeta en son de paz. Si no queréis nuestra amistad, dejadnos marchar. Regresaremos a nuestra astronave y nos alejaremos de vuestro planeta. Por cierto, ¿cómo se llama? —preguntó Tigran.

—Nuestro planeta se llama Zorto. Y vais a permanecer cautivos en él —respondió el tipo.

CAPÍTULO VIII

El comandante Dasaev no insistió.

Sabía que no serviría de nada.

Aquellos seres habían decidido tomarlos cautivos y no los dejarían marchar, aunque les suplicasen. Tendrían que luchar por su libertad, si no querían resignarse a permanecer en Zorto hasta el fin de sus días.

Y lucharían, desde luego.

Pero no era el momento.

En aquellos instantes no tenían la menor posibilidad de sorprender a los hombres que los habían atrapado. Se hallaban bien vigilados por ellos, y además habían perdido sus armas. Y todavía se estaban recuperando de los terribles aguijonazos en el cerebro.

El tipo que había hablado con Tigran, ordenó:

—En marcha, terrícolas.

—Obedezcamos —dijo Tigran, y movió las piernas.

Gopher Booth, la doctora Yorkin, y los demás, le imitaron.

Los ocho habitantes de Zorto los rodeaban, prudentemente distanciados.

De repente, nuevos hombres brotaron de la maleza.

Eran idénticos a los que habían capturado a los expedicionarios terrestres. La misma cabeza gorda y rapada, las mismas orejas puntiagudas, la misma forma de vestir…

Lo único que los diferenciaba, era el color de sus trajes.

Como se recordará, los hombres que habían atrapado al comandante Dasaev y los suyos vestían de verde. Estos hombres de ahora, en cambio, vestían de azul oscuro.

Tigran no le dio en principio ninguna importancia a la diferencia de color de los trajes, y pensó que los tipos que acababan de surgir de entre las altas palmeras eran amigos de los hombres que los habían capturado.

Lo mismo pensaron Gopher, Kara, Darío, Jan, Ursula y Linzi.

Muy pronto, sin embargo, se dieron cuenta de su error.

¡Los hombres de azul eran enemigos de los tipos de verde!

¡Los estaban atacando!

¡Con sus cerebros!

* * *

El espectáculo era realmente impresionante.

Los hombres de verde habían plantado cara a los tipos de azul.

Unos y otros estaban quietos.

Lo único que movían, y muy ligeramente, era la cabeza.

Más que moverla, la hacían vibrar.

Y es que todos, sin excepción alguna, estaban forzando al máximo su cerebro.

Era la única manera de vencer.

Lanzar ondas mentales más poderosas que las que lanzaba el rival.

¡Era una lucha de mentes!

¡Una guerra de cerebros!

Los cuerpos, aunque inmóviles, estaban en tensión.

Los puños los tenían apretados.

Los dientes, también.

Los músculos faciales, los tenían muy marcados.

Algunos, incluso, cerraban los ojos apretadamente.

Todos sin excepción, hacían unas muecas horribles.

La lucha mental, desde luego, era titánica.

De pronto, la amplia frente de uno de los hombres que vestían de verde comenzó a hincharse.

¡Se estaba llenando de bultos!

¡Unos bultos oscuros, deformes, estremecedores!

El tipo lanzó un chillido, demostrando que aquello le estaba doliendo mucho. Sin embargo, siguió quieto, en tensión, luchando desesperadamente por rechazar las ondas cerebrales que le enviaba uno de los hombres que vestían de azul.

El hombre de azul pudo más, y la cabeza del tipo de verde estalló como una sandía madura.

La doctora Yorkin no pudo evitar un chillido de horror, y se abrazó instintivamente al comandante Dasaev.

Ursula y Linzi también chillaron, igualmente horrorizadas, y se apretaron contra Darío y Jan, respectivamente.

El cuerpo del tipo cuya cabeza había estallado cayó sobre la arena, ensangrentado, y allí quedó, como decapitado por el hacha de

un verdugo.

Y no fue el único que corrió esa suerte.

Otros le siguieron.

Los más débiles, mentalmente hablando.

Los más fuertes habían hecho estallar sus cabezas con sus poderosos cerebros, después de llenarles la frente de horribles bultos amoratados, de hacerles sangrar por la nariz y por las orejas, de arrancarles terribles gritos de sufrimiento.

Entre las víctimas, había hombres de verde y hombres de azul, porque en ambos bandos había cerebros superpoderosos, y éstos hacían reventar los cerebros menos fuertes.

El tipo que hablara con Tigran Dasaev, tanto en la espesura como en la playa, era uno de los cerebros superpoderosos, y estaba resultando victorioso en todos sus enfrentamientos mentales con los hombres de azul.

Estos habían perdido ya cuatro hombres.

Los de verde tres.

No estaba claro, pues, que los hombres de azul pudieran vencer a los de verde, por lo que Tigran Dasaev decidió que debían echar una mano a los hombres de azul, pues éstos, al fin y al cabo, luchaban contra los tipos que los habían hecho prisioneros, y que pensaban llevarlos a sus dominios.

Quizá, si resultaban vencedores, los hombres de azul decidiesen también hacerlos prisioneros, en cuyo caso el comandante Dasaev y los suyos no habrían adelantado mucho.

Tigran, sin embargo, confiaba en que no fuera así, que los hombres de azul les dispensasen un mejor trato que los tipos de verde, así que no lo dudó más y dijo:

—Ayudémosles a vencer a los hombres de verde, muchachos.

—Era lo que yo estaba pensando, comandante —respondió Gopher.

Dos de los tipos de verde que habían caído en la lucha de cerebros, tenían en su poder dos de las pistolas de rayos láser que arrebataran a los terrestres.

Ahora, ambas pistolas yacían sobre la arena.

Tigran se hizo con una y Gopher se apoderó de la otra, mientras Jan y Darío saltaban sobre dos de los tipos de verde que seguían con vida, derribándolos violentamente.

No fue necesario que el holandés y el italiano la emprendieran a puñetazos con los dos tipos de verde, porque éstos, al verse derribados; perdieron momentáneamente su concentración mental y los hombres de azul que les estaban atacando ya no tuvieron ninguna dificultad para hacer estallar sus cerebros.

Mientras tanto, Tigran disparó sobre uno de los tres tipos de verde que seguían en pie y el rayo láser lo fulminó.

Gopher se cargó a otro con su pistola.

Ya sólo quedaba un hombre de verde.

Era el cabecilla de grupo.

El más peligroso de todos.

Su cerebro era el más temible.

Sin embargo, como el tipo se habían quedado solo, los hombres de azul le atacaron todos a una.

Y eran nada menos que seis.

Un solo cerebro, por muy poderoso que fuera, no podía mantener a raya a seis cerebros enemigos, y la cabeza del tipo empezó a hincharse, a deformarse, a tornarse azulada.

Tigran, que estaba a punto de dispararle, se frenó.

Tampoco Gopher le disparó.

Ambos adivinaban que el tipo de verde estaba perdido.

Los hombres de azul iban a acabar con él.

Era sólo cuestión de segundos.

Eso parecía, al menos.

Sin embargo, el tipo de verde se resistía.

Su poderoso cerebro luchaba tenazmente por rechazar las ondas mentales que le lanzaban los hombres de azul, no quería reventar, no quería dejar de existir.

La desesperada resistencia del cabecilla motivó que su fin fuera aún más horroroso que el de los hombres de su grupo. Sangraba por ambos orificios de la nariz, por las orejas, por ambas comisuras de la boca...

Sus ojos, horriblemente dilatados, parecían a punto de saltar de sus cuencas, y sus dientes rechinaban con tanta fuerza, que parecían que iban a romperse.

De pronto, sus dos ojos se quedaron en blanco.

¡Le habían desaparecido las pupilas!

¡Ahora parecían dos huevos de paloma!

Tan sólo unos segundos después, su ojo derecho reventaba y un chorro de sangre brotaba de la cuenca.

Kara, Ursula y Linzi gritaron.

Después, estalló el ojo izquierdo del tipo de verde y salió otro chorro de sangre.

Y así, con las cuencas de los ojos vacías, le estalló el cerebro y la cabeza entera.

Fue el final de la lucha.

Habían vencido los hombres de azul, con la ayuda de los cuatro terrestres varones.

¿Sabrían agradecérselo…?

¿Intentarían hacerlos prisioneros…?

En seguida lo iban a saber.

CAPÍTULO IX

Tigran Dasaev y Gopher seguían empuñando las pistolas de rayos láser, y se preguntaban si tendrían que utilizarlas contra los seis hombres de azul que habían salido victoriosos de la lucha de cerebros.

Darío Morelli y Jan Sosonko, por su parte, habían recogido de la arena otras dos pistolas, por si los hombres de azul les atacaban con sus poderosas mentes.

La doctora Yorkin, Ursula Ran y Linzi Helten esperaban, quietas y silenciosas, la reacción de los hombres que los habían librado de los tipos que vestían de verde, tal vez para ser ellos quienes los hiciesen prisioneros.

Pasaban los segundos, sin embargo, y los hombres de azul no les lanzaban sus terribles ondas cerebrales. Los seis parecían agotados, tras la titánica lucha mental que habían sostenido con los hombres vestidos de verde.

Tenían el rostro congestionado, brillante de sudor, lo mismo que su afeitado cráneo, y los ojos enrojecidos, casi inyectados de sangre.

Uno de ellos se acercó al grupo de terrestres y dijo:

—Mi nombre es Kelpo. No tenéis nada que temer de nosotros, habitantes del planeta Tierra. Sabemos que llegasteis a Zorto en son de paz, con deseos de entablar amistad con las gentes que vivimos en este planeta.

—Así es —asintió Tigran, enfundando la pistola—. Guardad las armas, muchachos. Estamos entre amigos.

Gopher, Darío y Jan enfundaron sus pistolas, contentos de la cordial acogida que les dispensaban los hombres vestidos de azul.

Kara, Ursula y Linzi también se alegraron de que aquellos hombres los recibiesen como amigos. La doctora, que había recogido la quinta y última pistola, se apresuró a enfundarla.

Kelpo prosiguió:

—Lamentamos lo que los verdes hicieron con vosotros, terrestres. No pudimos impedir que os atacaran, pero nos apresuramos a venir en vuestra ayuda. No podíamos permitir que os llevaran a sus dominios y os hicieran sus esclavos.

—Os estamos muy agradecidos, Kelpo —dijo Tigran—. Sin

vuestra ayuda, difícilmente hubiéramos podido escapar. Sois una raza muy poderosa y nuestras armas no pueden con vuestros cerebros. Lo que lamentamos todos es que cuatro de los vuestros hayan perdido la vida en el enfrentamiento con los hombres que nos capturaron.

—Siempre que nos enfrentamos con los verdes sufrimos bajas. Y ellos, también. Es inevitable. Sus cerebros son tan poderosos como los nuestros. En esta ocasión, los vencimos con más facilidad gracias a vosotros, que eliminasteis a dos de ellos con vuestras armas, y obligasteis a otros dos a perder su concentración mental, lo que nos permitió destruirlos. Ellos eran ocho, y han muerto todos. Nosotros éramos diez, y sólo hemos sufrido cuatro bajas. Ha sido una clara victoria.

—¿Por qué estáis en guerra con los verdes, Kelpo? —preguntó Tigran.

—Somos enemigos desde hace mucho tiempo. Nosotros, los azules, queremos la paz, pero es imposible. Los verdes quieren dominarnos, ser los dueños absolutos de Zorto, imponer su voluntad. No podemos ni debemos permitir que dominen el planeta. Por eso luchamos. Y lo seguiremos haciendo hasta que los verdes cambien de actitud.

—Comprendo.

—¿Queréis conocer nuestros dominios, comandante Dasaev, o preferís regresar a vuestra astronave y proseguir vuestro viaje?

—No tenemos ninguna prisa, Kelpo. Nos encantará convivir con vosotros.

—Seréis nuestros invitados.

—Muy agradecidos —sonrió Tigran.

* * *

La pequeña nave de reconocimiento volaba a baja altura, escoltada por los seis hombres de azul, que viajaban en cómodas sillas voladoras.

Las sillas no tenían mandos.

¿Cómo iban a tenerlos, si ni siquiera tenían motor…?

¡Las desplazaban los hombres azules con sus poderosos cerebros!

Era realmente fantástico.

Sólo con el pensamiento aquellos seres hacían despegar las sillas, ganar velocidad, altura, cambiar de dirección, reducir la marcha...

En fin, todo.

La silla de Kelpo iba delante, guiando la nave terrestre, que era flanqueada por otras cuatro sillas voladoras, mientras que la sexta y última iba detrás de la pequeña nave, cerrando la marcha.

El comandante Dasaev y los suyos estaban maravillados por el particular funcionamiento de las sillas voladoras.

—Cualquiera diría que esas sillas vuelan sin motor —comentó Tigran.

—Es fabuloso, comandante —dijo Gopher.

—Estos seres deben gastar menos en mecánicos que en peines —habló Darío. Las palabras del italiano hicieron reír a todos.

Después, Jan dijo:

—Me gustaría tener un cerebro tan poderoso como los suyos

—Estarías muy feo con la cabeza tan gorda, sin pelo, y con las orejas puntiagudas —aseguró Ursula.

El holandés carraspeó.

—He dicho que me gustaría tener un cerebro como los suyos, no una cabeza como las suyas.

—En tu cabeza no cabría un cerebro como los suyos, Jan —repuso Linzi—. Se te saldría por las orejas.

Los terrestres volvieron a reír.

Luego, Kara Yorkin dijo:

—No sé si es bueno tener un cerebro tan poderoso, o malo. Después de lo ocurrido en la playa, confieso que tengo mis dudas.

—Fue horrible, desde luego —respondió Ursula, estremeciéndose perceptiblemente.

—Estoy de acuerdo —dijo Linzi—. Jamás había visto nada parecido.

—Un cerebro así es un arma temible, eso nadie lo duda —habló Darío—. La más poderosa de todas, creo yo.

—Opino lo mismo —dijo Gopher—, Sin embargo, no usándolo para destruir, deja de ser malo tener un cerebro tan desarrollado y tan poderoso.

—Tienes razón —dijo Tigran—. En principio, las armas se crean para defenderse. Y en ese sentido, no hay duda de que todas son

buenas, aunque dejan de serlo cuando se utilizan para destruir o asesinar. Lo mismo ocurre con los cerebros de estos seres. Pueden hacer cosas maravillosas con ellos, pero también cosas horribles. Depende de su forma de ser. Y también de las circunstancias, claro. Los azules son seres nobles y pacíficos, pero como los verdes son ambiciosos y agresivos, no tienen más remedio que defenderse, para no dejarse dominar por ellos. Matan porque tienen que matar, no por gusto. No se les puede, por tanto, reprochar nada.

—Naturalmente que no —repuso Gopher—. Su guerra es horrorosa, ya pudimos comprobarlo, pero los azules no la provocaron. Fueron los verdes, así que ellos tienen la culpa de lo que sucede en este planeta.

El comandante Dasaev y los suyos siguieron haciendo comentarios, mientras se dirigían a los dominios de los azules, escoltados por Kelpo y sus cinco compañeros.

* * *

Una media hora después, los expedicionarios terrestres divisaban una pequeña ciudad, levantada junto a un hermoso lago.

Las casas, de extraño diseño, eran bajas y estaban separadas unas de otras. Formaban una especie de doble arco y miraban todas hacia el lago.

—Hemos llegado, comandante Dasaev —dijo Kelpo.

Tigran respingó.

¡La voz de Kelpo había resonado en el interior de su cabeza!

¡En su cerebro!

¡Le estaba hablando telepáticamente!

Gopher Booth vio que Tigran Dasaev ponía una cara rara y preguntó:

—¿Le ocurre algo, comandante?

—Es Kelpo.

—¿Qué?

—Dice que hemos llegado.

—Yo no he oído nada...

—Me lo ha dicho telepáticamente.

—¡Diablos!

Tigran se rio y se dispuso a posar la nave en la ciudad de los azules, en el amplio espacio que quedaba entre las casas y el lago.

Kelpo estaba posando ya su silla voladora suavemente.

La nave terrestre se posó también y las otras sillas voladoras hicieron lo propio.

El comandante Dasaev y los suyos descendieron de la nave, sin más armas que las pistolas de rayos láser que Tigran, Gopher Darío, Jan y Kara llevaban al cinto. Ursula y Linzi iban desarmadas.

Varios hombres y mujeres se estaban acercando ya a la nave terrestre.

Las mujeres vestían túnicas cortas, del mismo color que los trajes de los hombres. También tenían la parte superior de la cabeza más ancha de lo normal, pero se les notaba menos, porque ellas no llevaban el cráneo afeitado.

Tenían pelo, y eso disimulaba un poco el grosor de sus cabezas.

Todas eran morenas.

Y no eran feas, a pesar de que también tenían las orejas puntiagudas.

De piernas, desde luego, estaban fenomenal.

La brevedad de sus túnicas permitía comprobarlo. Gopher no supo reprimirse y murmuró:

—Ya siento deseos de ligar con una de esas mujeres de Zorto.

CAPÍTULO X

Tigran Dasaev oyó lo que decía Gopher Booth y se apresuró a emitir una tos, para ahogar las palabras del pelirrojo. Después le clavó el codo con disimulo y rezongó:

—Cuidado con lo que dices, Gopher. Incluso con lo que piensas. Estos seres leen en nuestros cerebros como en un libro abierto.

—Lo siento, comandante —carraspeó Booth—. Se me escapó.

Kelpo se aproximó, sonriendo.

—No se preocupe, comandante Dasaev. No nos ofende que encuentren atractivas a nuestras mujeres, sino todo lo contrario. Nos halaga que sean de su agrado. A nosotros también nos agradan sus mujeres. Son muy hermosas.

Kara Yorkin, Ursula Ran y Linzi Helten sonrieron complacidas.

—Es usted muy amable, Kelpo —dijo la doctora.

—Somos gente sincera, doctora Yorkin. Siempre decimos lo que pensamos. Si ustedes no nos pareciesen bellas, no lo diríamos, se lo aseguro.

Gopher carraspeó de nuevo.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Kelpo?

—No es necesario, sé lo que está pensando, Gopher.

—¿De veras?

—Quiere saber si a nuestras mujeres les gustan los varones terrestres, ¿no es eso?

—Pues, sí, es lo que iba a preguntar —tosió el pelirrojo.

Kelpo rio.

—Tendrá que preguntárselo a ellas, Gopher.

—¿Me entenderán?

—Tan bien como yo, porque pueden leer sus pensamientos.

—¿En serio…? —respingó Booth.

—Te lo dije, Gopher —recordó Trigan, riendo.

Las mujeres de Zorto rieron también, demostrando que era cierto que sabían lo que pensaba el segundo de a bordo de la *Orión-XV*.

Y también parecieron demostrar otra cosa: que los varones terrestres eran de su agrado.

Kelpo sugirió:

—¿No les apetece bañarse en el lago, comandante Dasaev? Sus

aguas son frescas y limpias. Almorzarán todos más a gusto si se dan una zambullida.

Tigran se volvió hacia el lago.

—¿Qué decís, muchachos...?

—Por mí, encantado —respondió al instante Gopher.

—A mí también me apetece, comandante —confesó Darío.

—Y a mí —dijo Jan.

Tigran miró a Kara.

—¿Doctora Yorkin...?

—Nosotras también queremos refrescarnos, comandante. ¿No es cierto, chicas...?

—¡Claro! —respondió Ursula.

—¿A qué esperamos, comandante...? —exclamó Linzi.

Tigran se volvió hacia Kelpo.

—Aceptada su sugerencia por unanimidad, Kelpo.

* * *

El comandante Dasaev y los suyos se habían zambullido ya.

Sus trajes, sus cintos y sus botas yacían en la orilla.

Tigran, Gopher, Darío y Jan se estaban bañando en slip, mientras que Kara, Ursula y Linzi lo hacían prácticamente desnudas, porque sus prendas íntimas cubrían mucho menos.

Su pubis y su sexo.

Nada más.

Los hombres y las mujeres de Zorto los contemplaban desde la orilla.

De pronto, una de las mujeres se descalzó, se despojó de la túnica, y se lanzó al lago en pantaloncitos, bastante reducidos.

Su acción fue rápidamente imitada por otras mujeres.

Y por algunos hombres que se quitaron los trajes y las botas, y se zambulleron también.

—Esto se pone bueno, comandante —exclamó Gopher.

—Veremos cómo acaba —respondió Tigran.

Una de las mujeres de Zorto, la primera que se lanzara al lago, se acercó a Gopher y se detuvo sólo a medio metro de él. Le sonrió, como invitándole a jugar con ella en el agua.

El pelirrojo posó un instante su mirada en los magníficos pechos de la chica, que parecían mantenerse a flote por sí solos.

—¿Qué hago, comandante...? —preguntó.

—Tú verás, Gopher.

—La chica parece que tiene ganas de jugar.

—¿Y tú...?

—Más que ella.

—Entonces, juega un poco.

Gopher alargó la mano derecha y tocó los macizos senos de la chica.

—Buen par de flotadores, sí señor —murmuró haciendo reír a Tigran y a los demás.

La mujer de Zorto también rio.

Después llenó sus pulmones de aire y se sumergió.

Gopher la imitó, adivinando que la chica deseaba continuar el juego bajo el agua.

Otras dos mujeres se acercaron a Darío y a Jan, invitándoles también a jugar con ellas. Y ellos aceptaron encantados, claro.

Ursula y Linzi, por su parte, fueron invitadas a divertirse un poco por dos de los hombres de Zorto, que hicieron lo mismo que Gopher hiciera con la chica que se le acercara: acariciarles los senos.

La sueca fue la primera en aceptar, porque no le disgustaba el tipo que la había elegido para pasarlo bien. Era joven, musculoso, y tenía una cara simpática, así que no le importó que tuviera la cabeza gorda y afeitada, y las orejas en forma de pico.

Tampoco la germana rechazó al habitante de Zorto que le estaba acariciando el busto, y que se sumergió con él.

Tigran vio que se le aproximaba una mujer.

Y Kara, que se le aproximaba un hombre.

La doctora se puso nerviosa.

—Vienen por usted, comandante.

—Y por usted, doctora.

—¿Le apetece jugar con la mujer?

—Preferiría jugar con usted, ésa es la verdad —confesó Tigran.

—Empiece, de prisa —pidió Kara, echándole los brazos al cuello.

Tigran la besó y le acarició los pechos.

Al verlos así, el hombre y la mujer que venían hacia ellos se detuvieron, un tanto desilusionados.

Tigran y Kara los observaban, mientras se besaban.

Para evitar que el hombre y la mujer lo intentaran de nuevo, Tigran interrumpió el beso y susurró:

—Creo que deberíamos sumergirnos, doctora.

—Estoy de acuerdo, comandante.

Llenaron los pulmones de aire y se sumergieron, abrazados.

Después, Trigan indicó a Kara que nadara en la misma dirección que él, y la doctora lo hizo así.

Alcanzaron la orilla del lago, pero no la frontal, sino la de la derecha, y salieron del agua, ocultándose rápidamente entre los árboles y las plantas que rodeaban el lago, excepto la parte frente a la cual había sido levantada la pequeña ciudad.

Tigran y Kara se tumbaron en la hierba, fresca y pujante.

Jadeaban los dos, a causa de los tres minutos de buceo, pero se veían felices.

—De buena nos hemos librado, ¿eh, doctora?

—Especialmente yo —respondió Kara.

—No le apetecía jugar con el tipo, ¿eh?

—Sinceramente, no. Prefiero sus caricias a las de él.

Kara se había tendido boca arriba, mientras que Trigan lo había hecho de lado. Los senos de la doctora subían y bajaban al compás de su respiración, todavía agitada, mientras las gotas de agua se deslizaban por ellos, por sus caderas, por sus muslos…

Tigran posó su mano sobre el liso vientre femenino, que se estremeció perceptiblemente al contacto de sus dedos, fuertes y varoniles.

—¿Quiere decir que puedo continuar, doctora…? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Para eso me ha traído ¿no? —repuso Kara, con pícara sonrisa.

—La traje para librarla del tipo que deseaba jugar con usted.

—Embustero.

—No me cree, ¿eh?

—Naturalmente que no. Dijo bien claro que prefería jugar conmigo que hacerlo con la mujer que nadaba hacia usted.

—Es cierto —sonrió Tigran.

—Bueno, pues sigamos jugando.

Tigran la besó en los labios y empezó a acariciar su cuerpo desnudo, mojado, excitante…

Kara le acercó el cuello con sus brazos, temblando ya de placer.

De pronto, Tigran separó su boca de la de ella y dijo:

—Este juego es peligroso, doctora.

—¿Por qué?

—Podemos acabar haciendo el amor.

—¿Y eso le disgustaría, comandante…?

—Al contrario.

—Entonces, continuemos.

—Sabe que siento un gran respeto por usted, doctora Yorkin.

—¿Y no siente nada más…?

—Usted sabe que sí, doctora.

—Entonces, mande el respeto a la porra y déjese llevar por sus sentimientos, que tienen que ver mucho con los míos.

—¿Está segura?

—¿Cree que me tendría ahora en sus brazos, desnuda, si no lo estuviera?

—No, creo que no —sonrió Tigran, y la besó con pasión.

CAPÍTULO XI

En el lago, la diversión continuaba. Las parejas emergían de vez en cuando para tomar el aire, y volvían a sumergirse. Pero, como el excitante juego debía terminarse como habían decidido terminarlo el comandante Dasaev y la doctora Yorkin, las parejas empezaron a buscar las orillas del lago.

Gopher Booth y su chica fueron los primeros en imitar a Tigran y Kara. A continuación, Darío Morelli y Jan Sosonko, y sus respectivas chicas, nadaron también hacia la orilla.

Ursula Ran y Linzi Helten se dejaron llevar asimismo por los dos habitantes de Zorto, porque deseaban hacer el amor con ellos. Habían gozado con sus besos y sus caricias, y querían gozar también con la unión íntima de sus cuerpos.

Kelpo sonreía desde su posición, satisfecho de los terrestres lo estuvieran pasando tan bien con los hombres y las mujeres de Zorto. Se lo merecían, después del feo recibimiento que les habían dispensado los verdes al comandante Dasaev y a los suyos.

Los habían hecho sufrir mucho, con sus ondas mentales, y bien estaba que ahora se divirtieran, olvidando por completo aquellos temibles momentos.

Lejos estaba Kelpo de suponer que los verdes habían realizado una incursión en los dominios de los azules, deseosos de vengar la muerte de los ocho hombres que perecieran en el enfrentamiento de la playa, junto con cuatro azules.

La derrota les había sentado fatal, y esperaban tomarse cumplida revancha atacando la pequeña ciudad en donde vivía Kelpo y su gente. Naturalmente pensaban hacerlo por sorpresa.

Era un factor importante, que no se podía ni debía despreciar cuando las fuerzas de ambos bandos estaban tan igualadas.

Los verdes también viajaban en sillas voladoras, idénticas a las que usaban los azules. Es decir, sin mandos y sin motor, porque las manejaban con sus cerebros.

Al carecer de motor, las sillas tenían un vuelo totalmente silencioso, así que había que verlas para poder detectarlas. Y para evitar el ser vistos, los verdes volaban casi a ras del suelo.

Sabían, además, dónde estaban situados los hombres que

vigilaban los dominios de los azules. A algunos los burlarían, y a los otros los eliminarían antes de que pudieran comunicarse con los suyos y dar la alarma.

La tragedia, pues, se cernía sobre la pequeña ciudad que se levantaba junto al hermoso lago.

* * *

Sin sospechar que corrían un grave peligro, el comandante Dasaev y los suyos seguían pasándolo bien en las orillas del lago, ocultos entre los árboles.

Tigran y Kara se habían amado ya, pero continuaban abrazados, besándose y acariciándose mutuamente.

—Ha valido la pena perderme el respeto, ¿verdad, comandante? —dijo ella, con maliciosa sonrisa.

—Ya lo creo.

—¿Se siente feliz?

—Mucho.

—Yo también.

—Tenemos que repetirlo, Kara.

—¿Ahora?

Tigran rio.

—Me refería en lo sucesivo, pero si desea que hagamos el amor de nuevo, estoy dispuesto.

—¿Seguro...?

—Se lo puedo demostrar, Kara.

—Por mí, encantada.

Tigran la besó una vez más.

—Estoy enamorado de usted, Kara.

—Eso me habían dicho.

—¿Eh...?

La doctora Yorkin se echó a reír.

—Me habían dicho que usted me quería, sí.

—¿Quién? —preguntó Tigran.

—Gopher.

—¿Gopher...?

—Ajá.

—¿Y cómo sabía él que yo...?

—Es un tipo muy intuitivo. Supo adivinar lo que usted sentía por mí, y también lo que yo sentía por usted.

—¿Usted también me quiere, Kara?

—Sí, muchísimo. Por eso me alegré tanto cuando Gopher me dijo que usted me amaba. Aunque en el fondo temía que no fuera cierto. Como usted jamás me insinuó nada...

—Tampoco usted a mí, Kara.

—Creo que sentía tanto respeto por usted, como usted por mí. Era el comandante, y eso... Pero empecé a perdérselo después de haber hablado con Gopher. Tenía que averiguar si me había dicho la verdad o si me había tomado el pelo. Ahora ya sé que no me engañó. Por eso me siento tan feliz, comandante.

—Cuando estamos a solas, llámame Tigran y tutéame.

—De acuerdo.

—Y ahora...

—Un momento, Tigran.

—¿No quieres que hagamos el amor de nuevo?

—Claro que quiero. Pero, antes, prométeme una cosa.

—¿El qué?

—Que no perderás jamás el sentido del tacto.

—¿Eh...?

Kara rio y le cogió la mano, que en aquellos momentos descansaba sobre su seno derecho, acariciándolo y jugueteando con el rosado pezón.

—Se puede perder el sentido del tacto, ¿no lo sabías? —dijo, con pícaro gesto.

—¿De veras?

—Sí, yo lo sé de alguien que lo perdió. Tocase lo que tocase, no sentía nada.

—Qué mal lo debió pasar.

—Por fortuna, lo recuperó muy pronto.

—Bueno, yo espero no perderlo nunca. Tocar tu hermoso cuerpo, y no sentir nada, sería como para pegarse un tiro.

—Yo te lo pegaré, si pierdes el tacto, porque para mí sería tan terrible como para ti. Incluso puede que más.

—Para asegurarme de que no lo pierdo, acariciaré tus formas todos los días —dijo Tigran.

—Es una buena idea.

Rieron los dos alegremente.

Poco después hacían de nuevo el amor, sin sospechar que los verdes estaban a punto de caer sobre ellos.

* * *

Kelpo se envaró.

Su cerebro había recibido una onda mental, pero había sido tan breve, que no le dio tiempo a saber quién intentaba ponerse en comunicación telepática con él ni por qué.

Daba la impresión de que la persona que deseaba hablarle mentalmente había sido interrumpida... o atacada, para evitar que se pusiera en comunicación con él.

De ahí que Kelpo se hubiera puesto en tensión.

Pensaba en los verdes.

¿Se habrían aproximado a sus dominios...?

Con el fin de averiguarlo, Kelpo trató de ponerse en contacto con uno de los hombres que vigilaban los alrededores de la pequeña ciudad.

No lo consiguió.

Sus ondas mentales no tenían respuesta.

El vigilante había sido inutilizado... o destruido.

Alarmado, Kelpo trató de establecer comunicación mental con otro de los vigilantes.

El resultado fue el mismo.

Sus ondas cerebrales no eran recibidas, y por tanto no podían obtener respuesta.

Convencido ya de que los verdes habían realizado una incursión en sus dominios, y que estaban a punto de atacar la ciudad, Kelpo dio la alarma.

Mentalmente, por supuesto.

Era la forma más rápida, ya que todos los hombres y mujeres de la ciudad fueron alertados a la vez.

Incluso los terrestres.

Sí, también el comandante Dasaev y los suyos recibieron el aviso de Kelpo. Lo oyeron en lo más profundo de sus cerebros como si lo

hubieran metido en sus cabezas.

Tigran y Kara se quedaron muy quietos.

—¡Es Kelpo! —exclamó él.

—¡Yo también lo oigo! —dijo la doctora.

—¡Dice que corremos peligro! ¡Que los verdes están a punto de atacar la ciudad!

—¡Sí!

—¡En pie, Kara! —gritó Tigran, irguiéndose de un salto.

La doctora brincó también del suelo.

Tigran ya se estaba poniendo el slip.

Kara se colocó su minúsculo pantaloncito en un santiamén.

Y justo en ese momento, cuando iban a echar a correr hacia la pequeña ciudad, aparecieron dos verdes.

CAPÍTULO XII

El comandante Dasaev maldijo con el pensamiento por no tener a mano una pistola de rayos láser. Aunque, de haberla tenido, seguramente no habría podido usarla, porque lo más probable es que los verdes la hubiesen fundido con sus poderosos cerebros, como ya ocurriera en la playa.

Era muy difícil sorprender a aquellos seres.

Casi imposible.

De todos modos, Tigran decidió intentarlo.

Tenía que hacer algo.

Y antes de que los dos verdes empezaran a enviarles sus terribles ondas mentales y los hicieran rabiar de dolor.

Si no lo habían hecho, todavía, era porque habían visto que Tigran y Kara no llevaban armas. Y, sin ellas, los verdes pensaban que el hombre y la mujer terrestres no se atreverían a intentar nada, conociendo como conocían el extraordinario poder de sus cerebros.

Se equivocaron, porque Tigran saltó sobre ellos como un tigre y los derribó a los dos con terrible violencia.

Antes de que los tipos se repusieran de la sorpresa, Tigran le asestó un tremendo puñetazo entre los ojos a uno de ellos, diciéndose que, si lograba dejarlo inconsciente, el individuo dejaría de ser peligroso, ya que no podría hacer uso de sus poderes mentales.

De ahí que Tigran pusiera energía nuclear en sus nudillos.

Es un decir, claro.

Pero pareció que la tenían de verdad, ya que el tipo puso los ojos en blanco y quedó inmóvil.

¡Había perdido el sentido!

¡No podría usar su cerebro durante algún tiempo!

Desgraciadamente, su compañero hizo uso del suyo antes de que Tigran pudiera golpearle y dejarlo sin conocimiento, como al otro.

El comandante Dasaev emitió un alarido, al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza.

—¡Tigran…! —chilló la doctora Yorkin, adivinando que el comandante Dasaev había empezado a recibir los terribles aguijonazos en el cerebro.

Tigran, en efecto, estaba rabiando de dolor.

Sin embargo, y antes de que el sufrimiento le debilitase, intentó golpear al tipo.

¡Tenía que dejarlo inconsciente!

¡Era la única manera de librarse de sus terribles ondas cerebrales!

Lamentablemente, no pudo alcanzar el rostro de su atacante con el puño, porque el tipo intensificó el efecto de sus ondas mentales y Tigran aulló de nuevo, a la vez que volvía a agarrarse la cabeza con ambas manos.

Se retorció en el suelo.

El dolor era espantoso, insufrible.

Kara, en cambio, no recibía onda cerebral alguna, porque la mente del tipo se hallaba exclusivamente pendiente del cerebro de Tigran. Incluso le daba la espalda a ella.

Por lo visto no la consideraba peligrosa.

Kara le demostró que estaba equivocado, saltando sobre su espalda como una fiera. El tipo se hallaba de rodillas, lo que facilitó su acción.

—¡Basta, maldito! —gritó, antes de morderle la oreja derecha.

Lo hizo con muchas ganas.

Y el verde, naturalmente, chilló con más ganas aún.

El feroz mordisco le hizo perder su concentración mental, y Tigran dejó de recibir las terribles ondas cerebrales, por lo que cesó su sufrimiento y quedó en condiciones de atacar al tipo.

El verde, desde luego, lo estaba pasando muy mal, porque Kara no se conformaba con morderle su puntiaguda oreja, sino que le arañaba la cara, buscándole principalmente los ojos.

Y consiguió causarle una dolorosa herida en el izquierdo, con sus afiladas uñas.

El tipo aulló de nuevo y empezó a sangrar por el ojo izquierdo.

No obstante, su cerebro pudo enviar nuevas ondas mentales, destinadas esta vez al cerebro de Kara.

La doctora sufrió una violenta sacudida, emitió un largo aullido, y soltó al verde, para poder agarrarse la cabeza con ambas manos. También ella se retorció en el suelo, loca de sufrimiento.

¡Parecía que su cerebro iba a estallar!

¡Y su cabeza entera!

Era lo que el verde pretendía, para vengarse de ella.

El mordisco en la oreja le había hecho sufrir mucho, pero la

herida del ojo, aún más, aparte de haberlo dejado momentáneamente ciego de ese ojo.

Por eso quería acabar con Kara.

Por suerte para ella, Tigran atacó al tipo y lo tumbó de un derechazo en la mandíbula. No le hizo perder el conocimiento, pero al menos interrumpió su concentración mental y evitó que el cerebro de la doctora Yorkin reventara como un tomate maduro.

Tigran quiso golpear de nuevo al individuo, pero éste contraatacó con su poderoso cerebro y el terrestre volvió a rabiar de dolor.

Ahora, era su cerebro el que parecía que iba a estallar.

Tigran, adivinando que el verde había decidido a acabar con él, hizo un supremo esfuerzo por resistir el terrible dolor y disparó su rodilla derecha, incrustándola entre los muslos del tipo.

El verde se puso verde.

Y no es un chiste, palabra.

Eran los efectos del feroz rodillazo en sus órganos genitales.

El tipo chillaba como una rata y despedía espuma por la boca, como si se hubiera tragado una pastilla de jabón y se le estuviese deshaciendo en el estómago.

Naturalmente, había vuelto a perder su concentración mental.

Para concentraciones mentales estaba él...

En lo único que pensaba, era en sus machacados órganos masculinos.

El tipo estaba hecho una bola.

Tigran, que había dejado de sufrir, le asestó un golpe en la nuca, con el filo de la mano, y el verde perdió el conocimiento en el acto, dejando también de sufrir.

Kara lanzó un suspiro de alivio al ver que Tigran podía también con el segundo de los tipos.

—Creí que había llegado nuestra hora, Tigran.

—Yo también, lo confieso —jadeó él, irguiéndose.

Kara le imitó y se echó en sus brazos.

—¿Estás bien, Tigran?

—Sí, gracias a ti. Actuaste con mucha valentía, Kara.

—Tenía que ayudarte.

—Me salvaste, interrumpiendo la concentración mental del tipo.

—Luego me salvaste tú a mí, así que estamos en paz.

Se dieron un beso y Tigran dijo:

—Reunámonos con los demás, Kara.
—Sí, vamos.
Echaron a correr los dos por entre los árboles, en dirección a la pequeña ciudad de los azules, que ya estaba siendo atacada por los verdes.

* * *

Gopher Booth y la mujer de Zorto que estaba con él, habían sido sorprendidos también por una pareja de verdes, tan sólo unos segundos después de que Kelpo los avisara telepáticamente del peligro que corrían.
Uno de los tipos atacó mentalmente a la mujer, y el otro se ocupó de Gopher, obligándolo a caer de rodillas con sus terribles ondas cerebrales.
Por suerte, la chica tenía un cerebro muy poderoso, lo que le permitió no sólo rechazar el ataque del verde, sino contraatacar con peligrosidad.
Estaba tensa y todo su cuerpo, prácticamente desnudo, porque sólo llevaba el breve pantaloncito, parecía vibrar. Con los puños fuertemente apretados y los ojos entornados, casi convertidos en dos pequeñas grietas que brillaban con fuerza, lanzaba sus poderosas ondas mentales contra el cerebro de su enemigo.
El tipo no pudo rechazarlas y su frente empezó a hincharse.
Era el primer síntoma de que la mujer llevaba las de ganar en el enfrentamiento mental.
El otro verde se dio cuenta de ello y decidió ayudar a su compañero, desentendiéndose de Gopher. Entre los dos, podrían seguramente con la mujer.
Al dejar de recibir las ondas mentales del tipo, Gopher dejó de sufrir y pudo prestar atención a la titánica lucha de cerebros.
Eran dos mentes contra una, pero la mujer resistía bastante bien el ataque de los dos hombres.
Gopher la veía vibrar, el cuerpo brillante de sudor, a causa del esfuerzo. Y, temiendo que no pudiera vencer a la pareja de verdes, decidió echarle una mano.
Se puso en pie de un salto y se abalanzó sobre uno de los tipos,

estrellándole el puño en la boca.

El individuo aulló.

Y con razón, porque Gopher le había partido los labios y saltado un par de dientes.

El verde cayó al suelo.

Gopher se arrojó sobre él y, antes de que el tipo pudiera reaccionar le atizó dos puñetazos más y lo dejó sin conocimiento.

Al quedarse solo en la lucha mental contra la mujer, el otro verde no pudo resistir mucho tiempo las poderosas ondas cerebrales de ésta y su afeitada cabeza empezó a hincharse.

Y a llenarse de bultos oscuros y deformes.

El tipo emitió un alarido estremecedor.

Segundos después, su cabeza estallaba y su cuerpo se desplomaba.

Gopher se irguió, impresionado.

—Has podido con él…

—Sí —respondió la chica, jadeante por el esfuerzo.

Gopher la abrazó y la besó en los labios.

Después, ella le cogió de la mano y tiró de él, diciendo:

—Tenemos que regresar, Gopher.

CAPÍTULO XIII

Darío Morelli y la mujer que estaba con él, se hallaban en serias dificultades. Habían sido atacados por una pareja de verdes, cuando intentaban regresar a la pequeña ciudad de los azules.

La mujer trataba de defenderse del ataque mental de su enemigo, pero su cerebro no era tan poderoso como el de él, y su frente comenzó a hincharse.

Darío, en el suelo, se agarraba la cabeza y se convulsionaba de dolor, atacado mentalmente por el otro verde. Al oír gritar a la chica con la que había hecho el amor, la miró y descubrió, horrorizado, que su cabeza se estaba deformando.

¡El cerebro de la mujer iba a estallar!

¡No podía resistir el ataque del cerebro enemigo!

Darío trató de levantarse, pero el dolor era tan terrible, que volvió a caer.

—¡Malditos...! —rugió, agarrándose la cabeza de nuevo.

De pronto, aparecieron Jan Sosonko y la chica que había hecho el amor con él. La mujer atacó mentalmente al verde que estaba a punto de hacer estallar la cabeza de su compañera, y el holandés saltó como una pantera sobre el tipo que atacaba con su cerebro al italiano.

Jan derribó violentamente al individuo y acto seguido empezó a sacudirle con ambos puños.

—¡Toma, bastardo!

El verde no pudo reaccionar y perdió el conocimiento.

Jan atendió a su compañero.

—¿Estás bien, Darío?

—Sí.

Jan se volvió, para ver si las chicas necesitaban ayuda.

Afortunadamente, no era así.

El que necesitaba ayuda, era el verde.

No podía con las dos mujeres de los azules.

La que había estado a punto de morir, estaba recobrando la forma normal de su cabeza. Le estaban desapareciendo los bultos oscuros y la hinchazón de su frente decrecía por segundos.

Ello se debía, naturalmente, a la intervención de su compañera,

que había obligado al verde a dividir las ondas que lanzaba su cerebro, y sus efectos, lógicamente, eran menores.

El tipo se esforzó al máximo por rechazar el doble ataque, pero le fue imposible y su cabeza empezó a deformarse, lo que le hizo chillar de dolor.

Empezó, también, a sangrar por las orejas y por la nariz.

Estaba perdido.

Y él lo sabía.

Segundos después, su cerebro reventaba.

Y su cabeza también.

Los verdes habían perdido a otro de los suyos.

* * *

Los azules, por desgracia, también estaban sufriendo bajas.

Era inevitable.

La guerra de cerebros exigía víctimas por ambos bandos.

Una de ellas, había sido el hombre que minutos antes hiciera el amor con Ursula Ran. Habían sido atacados los dos por un par de verdes, de cerebro muy poderoso, y el azul no pudo con su enemigo, que le hizo estallar la cabeza en presencia de Ursula.

La sueca se retorció en el suelo, aguijoneado su cerebro por las ondas mentales que le enviaba el otro verde. Por suerte para ella, éste no quería matarla.

Sólo dejarla inconsciente, para luego cogerla en brazos y llevársela a su territorio. Le gustaba la mujer terrestre y deseaba hacerla su esclava.

Ursula, efectivamente, se desvaneció segundos después de que al hombre que la hiciera gozar en el acto del amor le estallara la cabeza.

Entonces, el verde se arrodilló junto a ella y le acarició los pechos, el vientre, las piernas…

—Es muy hermosa, ¿verdad? —dijo, en su lengua.

—Sí —asintió su compañero, arrodillándose también junto a la mujer terrestre.

Le acarició los senos y se los oprimió.

Al otro tipo no le gustó y le soltó un zarpazo, obligándole a

retirar la mano del busto de la sueca.

—No la toques —gruñó.

—¿Por qué no?

—La quiero para mí.

—¡A mí también me gusta!

—Lo siento, pero la he capturado yo y será para mí.

—¡La hemos capturado los dos!

—No es cierto. De la mujer extranjera me ocupé yo solo. Tú te ocupaste del azul.

—¡No es justo!

—Te repito que la quiero para mí, así que no insistas.

—¡Te la disputaré!

El tipo que dejara inconsciente a Ursula se irguió lentamente, con un peligroso brillo en la mirada.

—¿De veras estás dispuesto a enfrentarte a mí?

El otro verde, que se había erguido también, respondió:

—Sí.

—Mi cerebro es más poderoso que el tuyo.

—Estás equivocado.

—Te lo demostraré.

Los dos verdes se atacaron mutuamente con sus cerebros.

Al principio, hubo equilibrio de fuerzas.

Después, el cerebro del tipo que atacara a Ursula empezó a imponerse.

El otro individuo luchó desesperadamente por rechazar las ondas mentales que le lanzaba su compañero, pero cada vez le era más difícil y su frente comenzó a hincharse y a llenarse de oscuras protuberancias, deformes, horrorosas.

Ello le causó un dolor tan terrible, que gritó como si lo estuvieran asando a fuego lento.

El cerebro de su compañero siguió atacando, seguro ya de su victoria, que tan sólo unos segundos después se efectuaba, haciendo saltar en pedazos el cerebro y la cabeza de su rival.

Luego, el vencedor tomó en brazos a la desvanecida Ursula y se la llevó.

* * *

Linzi Helten y el habitante de Zorto que la había poseído entre los árboles haciéndole gozar de verdad, habían tenido más suerte que el resto de las parejas, ya que ellos no habían sido descubiertos por los verdes.

Hasta el momento, al menos.

Linzi y el hombre regresaban a la ciudad de los azules, cogidos de la mano y avanzando con precaución, para no verse sorprendidos y atacados por los verdes.

—¡Es Ursula! —exclamó Linzi, respingando—. ¡La han capturado!

El azul que la acompañaba atacó mentalmente al verde.

Este arrojó a Ursula a un lado y respondió al ataque de su enemigo, seguro de vencerle.

Linzi corrió hacia su compañera y se dejó caer junto a ella.

—¡Ursula! —gritó, palmeándole las mejillas para reanimarla.

La sueca siguió con los ojos cerrados.

Linzi insistió, aunque sin perder de vista a los dos hombres de Zorto, que luchaban por destruirse mutuamente con sus poderosos cerebros.

La germana deseaba, naturalmente, que ganara el de azul, pero se dio cuenta que lo tenía muy difícil, porque se enfrentaba a un verde terrible.

Linzi vio una piedra en el suelo y no dudó en cogerla.

El verde no se percató de ello, por hallarse muy pendiente de su enemigo, cuyas fuerzas mentales empezaban a flaquear.

Linzi le arrojó la piedra, con mucha fuerza, y como el tipo estaba cerca, no falló.

El verde gritó al recibir la pedrada en la sien derecha y se desplomó en el acto, sangrando. No había perdido totalmente el conocimiento, pero casi, por lo que en esas condiciones fue presa fácil para el azul, y éste le hizo estallar la cabeza.

—Gracias, Linzi —dijo el vencedor, jadeante.

—De nada.

El azul cargó con la desvanecida Ursula, y él y Linzi siguieron avanzando hacia la pequeña ciudad.

* * *

En la pequeña ciudad de los azules, la lucha de cerebros era dura y equilibrada, pero empezó a inclinarse a favor de los azules con la llegada del comandante Dasaev, la doctora Yorkin, Gopher Booth, Darío Morelli, Jan Sosonko.

Y es que, lo primero que hicieron los terrestres, fue recoger sus pistolas de rayos láser, y empezar a disparar contra los verdes, que pendientes de los azules, comenzaron a caer como moscas.

Al ver reducido considerablemente su número, los verdes optaron por huir, pero los azules no permitieron que escapara ninguno. Ahora los triplicaban en número y no les fue difícil destruirlos a todos con sus cerebros.

La superioridad numérica, en una guerra de cerebros, era casi siempre decisiva.

Y esta vez, también lo fue.

EPÍLOGO

Kelpo estaba muy contento.

Los azules habían sufrido bajas, pero los verdes habían sido exterminados. Aquella victoria había sido la más importante de todas las logradas hasta entonces.

De ahí la satisfacción de Kelpo y los suyos.

Y como los terrestres habían tenido mucho que ver en la victoria sobre los verdes, los azules supieron agradecérselo ofreciéndoles una hermosa fiesta.

Los más ricos manjares y las más deliciosas bebidas fueron servidos al comandante Dasaev y los suyos, que gozaron de verdad en las varias horas que permanecieron en la ciudad de los azules.

Al atardecer, los terrestres se despidieron de Kelpo y su gente, subieron a su nave, y regresaron a la *Orión-XV*, que continuaba girando alrededor de Zorto, en órbita artificial.

Tigran ordenó alejarse del planeta.

La poderosa nave interestelar abandonó la órbita y se alejó de Zorto, un planeta realmente peligroso, por culpa de los verdes.

Tigran esperaba y deseaba que los azules lograran por fin dominar a los verdes, porque con ello quedaría garantizada la paz en Zorto. Los azules eran buena gente, lo habían demostrado sobradamente, mientras que los verdes habían demostrado todo lo contrario.

Cuando Zorto dejó de ser captado por la potente cámara telescópica de la *Orión-XV*, Tigran dejó el puente de mando y fue en busca de la doctora Yorkin.

Kara no se hallaba en la enfermería, sino en su camarote.

Se había dado una ducha y lucía una corta bata brillante.

—Tigran… —sonrió, al verle.

El comandante Dasaev penetró en el camarote, cerró la puerta, y tomó en sus brazos a la doctora Yorkin, basándola seguidamente en los labios.

Ella colaboró activamente en el beso.

Tigran le abrió la bata y empezó a acariciarle los senos.

Kara separó su boca de la de él y le miró.

—Comprobando tu sentido del tacto, ¿eh?

—Tengo que asegurarme de que no lo pierdo, ya lo sabes —respondió Tigran.

—Eres un sinvergüenza.

—Más respeto, que soy el comandante.

Se echaron a reír los dos, antes de unir nuevamente sus bocas, en un largo y ardiente beso.

FIN







EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas